











LAS CARAS DEL TIEMPO

textos de Antonio Muñoz Molina, Elvira Lindo,
Ángeles García y Fernando Delgado

retratos de **Ricardo Martín**

Editorial  UCA







La historia reciente a este lado y al otro del océano descansa tras la mirada de Ricardo Martín. Imágenes en blanco y negro, también en color, que recoge el paso del tiempo, los momentos y los acontecimientos que marcaron nuestros días.

Es un privilegio que sobre las paredes de este edificio cuelgue la exposición de un periodista, fotógrafo y editor que supo detener instantes que trascienden al presente y que se han convertido en un legado por su importancia y también por la belleza de la fotografía.

Ricardo Martín supo traducir lo que ocurría a través de su objetivo. Por eso, ahora podemos entender y recordar aquella época deteniendo, simplemente, la mirada. Relatos de cambios, de sed de libertad y hambre por informar. Relatos de una persona que dedicó su profesión a mostrar el mundo y a inmortalizar las miradas. Y ahora pueden decirle, con toda seguridad y sin posibilidad de error, que era prácticamente imposible contarlos mejor.

Gracias a la Universidad de Cádiz por colaborar con la exposición de una persona que publicó en las cabeceras más importantes de la época y que trabajó hombro con hombro con personalidades como Manuel Vicent, Vicente Molina Foix o Antonio Muñoz Molina, de quienes existen retales en sus obras.

Espero que los disfruten y que saboreen, que recuerden y conozcan, y en definitiva, que miren a través de los ojos de Ricardo Martín.

José María González Santos

Alcalde de Cádiz





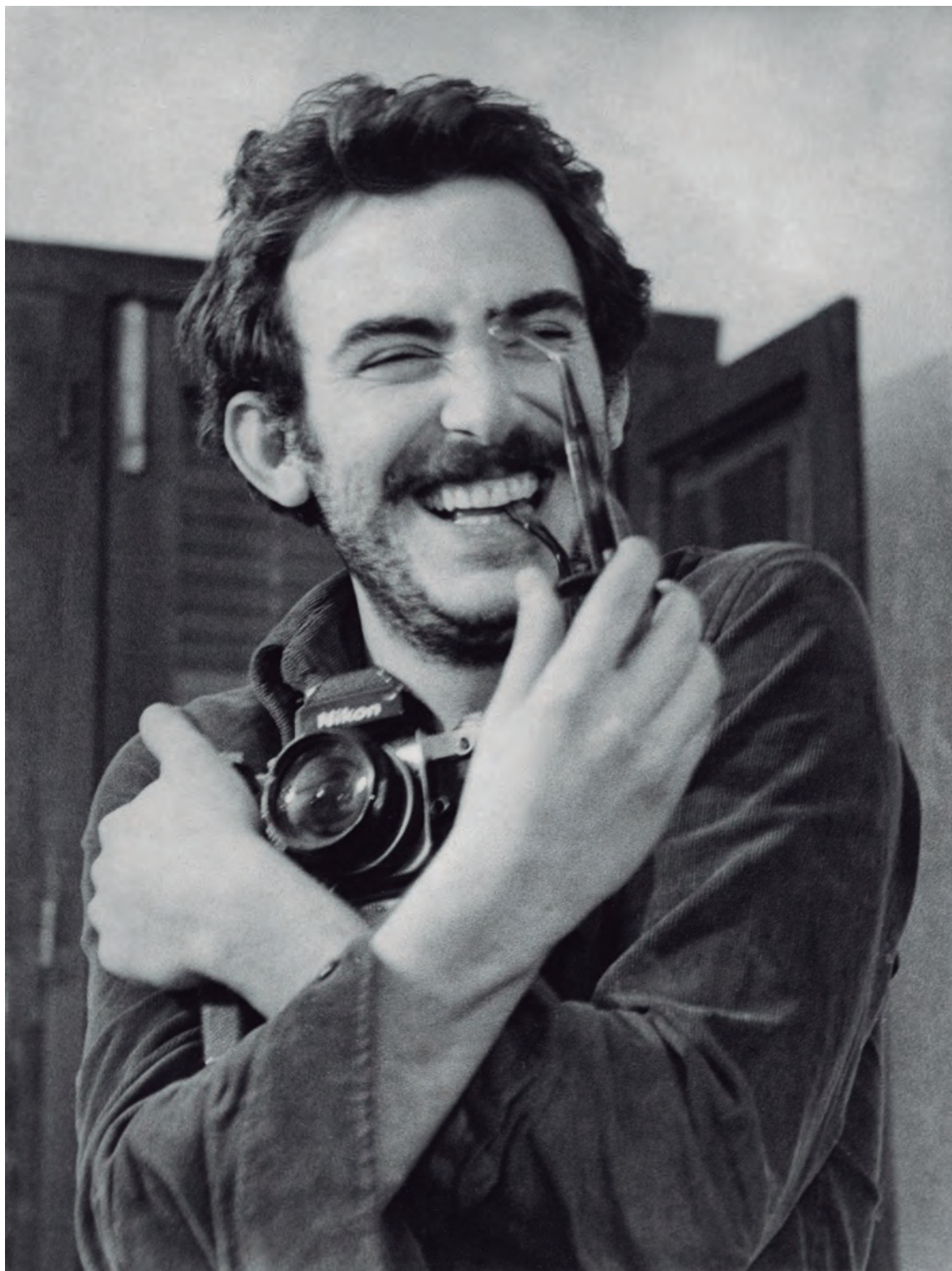


Los cambios acaecidos por la sociedad y la cultura de nuestro país durante el pasado reciente, constituyen uno de los referentes más representativos que forman parte de nuestras señas de identidad y a su vez de las peculiaridades que definen nuestro presente. El arranque del régimen democrático allá por la paradigmática fecha de 1977, ha hecho correr ríos de tinta acerca de su adecuación o no como modelo idóneo que insertara a España en la vía de la transición de la dictadura a la libertad. Pero al margen de tantas y tantas precisiones jurídico-políticas, legales o formales que pudiésemos ejercer en esta rendición de cuentas, no cabe duda que de estos últimos cuarenta años, quizás por su valor y potencial transformador, somos dados a circunscribir su contexto con símbolos, iconos o incluso imágenes. Y es hacia esta dirección donde versa el proyecto que nos honra prologar con este libro-catálogo que lo apadrina. Se trata de una soberbia exposición, de una mirada desde el objetivo profundo y personal del fotoperiodista, fotógrafo y editor gráfico granadino Ricardo Martín que, a través de un tratamiento psicológico e interiorista, nos propone una serie de retratos de algunos de los protagonistas de la política y la vida cultural de aquellos irrepitibles años. Imágenes personalizadas pero inapelables testigos de muchos de aquellos códigos subliminares que han constituido las que probablemente han sido las décadas más potentes de la historia reciente de nuestra nación. Un proyecto que cuenta con el comisariado de la escritora Elvira Lindo que, a su vez, incluye sus textos en este catálogo al alimón con otras firmas de prestigio como Antonio Muñoz Molina, Ángeles García y Fernando Delgado y que ha sido organizado por la Fundación Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Cádiz, el Sello Editorial UCA y el Servicio de Extensión Universitaria de la Universidad de Cádiz con la colaboración de la Fundación Unicaja. No es baladí anotar la larga y contrastada vocación de acciones y experiencias de la Extensión Universitaria relacionadas con la imagen, como demuestra la formación fotográfica a través de las más de veinte ediciones de nuestra veterana Escuela de Fotografía o la reconocida Sala Kursala con su ofensiva cultural en pro de la exposición fotográfica contemporánea, cuyas publicaciones han sido premiadas en numerosos certámenes como PhotoEspaña y prestigiadas en el mundo artístico y universitario. Sólo nos queda desear los mayores éxitos de este proyecto y que aquellos que tengan la oportunidad de disfrutar con las imágenes de la exposición y con las reflexiones de esta publicación, puedan evocar desde las imágenes pasadas, la reafirmación del presente y la proposición hacia el futuro.

José Marchena Domínguez

Director General de Extensión Cultural
y del Servicio de Publicaciones de la
Universidad de Cádiz.







Conversando con Ricardo —Elvira Lindo

Ricardo Martín es un maestro, debería serlo para quienes quieren hacerse un hueco en el ahora más complicado mundo de la fotografía periodística, porque aunque el periodismo en general, imagen y texto, estén en proceso de adaptarse a los nuevos desafíos digitales, la sociedad necesitará para salvarse alguien que cuente lo que sucede a través de la palabra y del elemento gráfico. El fotógrafo Martín certificó la vibrante vida de la calle de entonces, del país que despertaba tras cuarenta años de dictadura, y nos acercó a sus protagonistas más destacados, de los que ostentaban el poder a quienes dieron al país un giro modernizador cultural. Ricardo estaba allí y sus fotos son pruebas de ello. Su sonrisa acortaba distancias con sus retratados a pesar de que siempre le ha adornado un aire de timidez que no se cura con el tiempo. Humilde, respetuoso y delicado, este fotógrafo amante del dibujo, sigue mirándonos a través del ojo de la cámara, y es fiel a un infantil impulso artístico, el que provocó su madre regalándole sus primeras acuarelas. No se aburre.

-Hijo de Guardia Civil y de Maestra, me gustaría saber quién inició en ti la pasión por lo visual. Pienso en los años que te lleva tu hermano Paco y en que él es dibujante y me pregunto si fue por imitarlo, como suelen hacer los pequeños con los mayores, como empezaste en un primer lugar a jugar con el dibujo.

-Fue mi madre, maestra formada durante la República, la que siempre le dio mucha importancia al dibujo, las manualidades,

la caligrafía y la música, asignaturas entonces obligatorias y ahora tan necesarias, en la Escuela Normal de Magisterio de Almería donde ella estudió. Tenía una letra inglesa preciosa, hacía cajitas con rafia, y dibujó con mucho gusto durante toda su vida. Me regaló mi primera acuarela y esa afición la supo contagiar a sus dos hijos desde muy chicos, aunque lo de Paco fue una decidida vocación temprana y genial, un caso especial de tesón y voluntad heroicas; dibujaba con ahínco desde muy pequeño en cualquier papel que se le pusiera por delante y yo, hecho un mico con siete años menos, lo observaba con extrañeza y admiración. Me gusta pensar que algo se me pegó de él en mi afición por el dibujo.

-¿Empezaste en la fotografía por convencimiento o ahora piensas que podías haber sido otra cosa y que todo fue azaroso?

-Cuando terminé Preuniversitario en Granada quise empezar Periodismo pero mi padre no me dejó irme a Madrid; debía estudiar lo que quisiera pero en Granada, donde no existía aún esa carrera. Así que empecé Derecho de mala gana, me compré una cámara Leica y decidí hacer fotos de calle, detalles y situaciones que me llamaban la atención, con un toque de ironía al estilo del Cartier-Bresson en las calles de París. Vi el cielo abierto cuando en 1971 las llevé al diario Patria, entonces de Prensa del Movimiento porque no había otra cosa, para intentar que las publicaran. Gustaron mucho y me pidieron que yo mismo escribiera los pies de foto, breves comentarios sobre cada imagen. Aparecían publicadas al día siguiente o a los dos

< Ricardo Martín.
1980.





días, me las pagaban a 30 pesetas y aquello empecé a tomármelo en serio. En 1973 me llamaron del periódico de la competencia, el Ideal, para comenzar una colaboración fija y hacer reportajes con Antonio Ramos, reportero estrella en aquella época, en la cadena de periódicos de Edica (Editorial Católica, si no era el Movimiento era la Iglesia) a la que pertenecía Ideal. Juntos hicimos muy buenos reportajes, como un viaje en autobús atestado de emigrantes andaluces hasta Frankfurt para conocer durante dos semanas sus precarias condiciones de vida o un recorrido por toda la geografía española de monasterios de clausura. También nos tocó cubrir diariamente la catástrofe de las inundaciones de La Rábida, aquella gota fría de octubre de 1973 que causó centenares de víctimas.

En 1974 murió mi padre, me matriculé en Ciencias de la Información en Madrid, viví en casa de mi hermano y regresé a Granada a hacer prácticas otra vez en Patria. Me metieron en plantilla, circunstancia que coincidió con la muerte de Franco, y allí seguí hasta el verano del 76, en que me fichó El País.

-¿Crees que viviste los años dorados en España de la fotografía de prensa? Me refiero a que tus primeros tiempos como fotógrafo coincidieron con la irrupción en España de la gran prensa democrática. Confluían dos factores esenciales: una época convulsa, de manifestaciones, atentados y un Congreso de los diputados agitado y un deseo de contar lo que sucedía muy poderoso; el anhelo de llevar a las manos de la gente cada

mañana la verdad de lo que estaba pasando. ¿Cómo viviste aquellos momentos?

-Sin duda, casi todo el mundo coincide en que fueron los mejores años del periodismo gráfico de nuestra historia reciente; por lo que tú apuntas, esa envergadura de los acontecimientos políticos dentro y fuera del Congreso. Todo eso favoreció la nueva consideración que obtuvieron los fotógrafos de prensa como los más fiables y cercanos testigos de lo que a diario se cocía en la calle. En esos momentos las informaciones gráficas eran igual o más relevantes que las escritas, de gran impacto visual e informativo, con un claro objetivo editorializante y simbólico. Se trataba de intentar conseguir "la Foto", con mayúscula. En El País competíamos en calidad con las agencias gráficas de información y ganábamos casi siempre en la mejor cobertura de las noticias nacionales. Ten en cuenta que veníamos de una prensa rígida y trivial, dictada, poblada de actos oficiales durante cuarenta años, y ahora todo se empezaba a contar de un modo rabiosamente libre en busca de una foto de acción, cercana, acusadora o reflexiva, aunque en medio todavía de una policía franquista.

-¿La técnica se aprendía sobre la marcha o tuviste algún maestro?

-Creo que el oficio lo aprendimos todos los de mi generación haciendo fotos y viéndolas publicadas. Un esfuerzo tozudo del trabajo diario en la calle y en la redacciones de los periódicos y agencias, afrontando cada encargo con entusiasmo y mucha

► Simón Sánchez Montero, puño en alto, y Santiago Álvarez, dirigentes del PCE, salen de la prisión de Carabanchel, en Madrid, tras sus últimos encarcelamientos. 4 de agosto de 1976.





exigencia. Siempre te fijabas en el trabajo de los mejores pero la verdad es que éramos muy buenos casi todos, el tema casi te daba hecho el resultado. Mirar mucha prensa internacional te ayudaba también con nuevas claves estéticas.

-Me contaste una vez que te viniste a Madrid medio engañando a tu padre porque él no quería que fueras fotógrafo. ¿Qué tenía

pensado para ti? ¿Y tu madre, era más comprensiva contigo?

-Fíjate qué cosas: mi padre quería que yo fuera militar, que ingresara en la Academia General de Zaragoza para salir, como decía él "sin un pelo en la barba y con dos estrellas de teniente en la bocamanga". Imagino yo que sería para superar su graduación de sargento. Pero viendo la cara que yo ponía intentó animarme a que fuera notario. He





de reconocer que el buen hombre, en ese aspecto, conmigo no dio ni una.

Mi madre, en cambio, era todo lo contrario, quiso siempre que trabajara en lo que me gustara de verdad; conocía mis inclinaciones más o menos artísticas, le gustó mi profesión de fotoperiodista y siempre me hacía comentarios críticos, favorables o no, sobre mi trabajo. Era una mujer sensible, tenaz y con gran sentido del humor.

-¿Cómo era aquel chico de Granada que llegó a Madrid? ¿Te convertiste en un

moderno madrileño como solía ocurrir con los chicos que llegaban del pueblo o las ciudades pequeñas?

-Nunca he llegado a comprender muy bien qué es ser moderno; tampoco noté demasiado el cambio entre Granada y Madrid. A no ser que fuera en la cobertura a nivel nacional e internacional de la información que tenía que cubrir viajando con mucha frecuencia. Los cambios, inevitables y beneficiosos, se producen viviendo, sin que tú los notes demasiado. Y sigo enamorado de la vida de Madrid o de cualquier gran ciudad que me





guste, tanto como de la casa y el huerto en mi querida Alpujarra.

-¿Pasaste miedo en alguna de esas manifestaciones que cubriste o el fotógrafo de alguna manera piensa que va protegido por su oficio y que la cámara es como un escudo?

-En esas situaciones conflictivas solo piensas en conseguir la mejor foto y en salvarla sin que la policía te parta la cara. Con 23 años el peligro se ve de otro modo, no lo aprecias o lo enfrentas como un reto para conseguir la foto que verá todo el mundo al día siguiente en el periódico con tu nombre y que a ti te llenará de satisfacción. Yo diría que sentía una abstracción absoluta. Se establecía un silencio alrededor, no oía nada y solo funcionaba la mirada atenta ante lo que tenía delante. La cámara es tu ojo y los clics, muchos o pocos, son instintivos.

-¿Cómo te sientes ahora cuando ves a cien mil personas haciéndose fotos a sí mismas como protagonistas de un acontecimiento?

-Que la imagen se ha banalizado es un hecho cierto. Lo veo como un fenómeno curioso que me desconcierta. Todo el mundo hace fotos y se hace fotos, cualquier cosa es fotografiable, hasta uno mismo de modo compulsivo. Por un lado creo que ya era hora que la gente saliera en las fotos completamente a su gusto, ensayando el gesto más favorable en cualquier momento. Siempre existió el arte del autorretrato. En el fondo responde a un deseo muy antiguo de gustar

gustándose y luego compartirlo de un modo instantáneo. Pero en exceso puede también responder a una preferencia por la mirada propia sobre la ajena, a cierto aislamiento o miedo a no gustar del todo. No estoy muy seguro. Sé que cualquier persona tiene un sentido autocrítico de su propia imagen y de este modo también se puede ofrecer lo que más nos gusta de nosotros y ocultar nuestras naturales imperfecciones.

-¿Cuáles han sido tus maestros en el retrato? ¿Te gusta retratar en el entorno del personaje o prefieres crear un marco desnudo?

-Nadar, el gran pionero, y las largas exposiciones en sus retratos siguen siendo magistrales para mí. En todas ellas parece descubrir la forma íntima de cada personaje, de estar conociéndolo como si de una presencia muy cercana se tratara, sin que afecte el paso del tiempo. Y claro, también soy muy de Avedon, Vivian Maier, Walker Evans, Helen Levitt, Irving Penn, Dorothea Lange, Brassai y August Sander. Fíjate si soy moderno.

El entorno en el que retrato me da un poco igual, me he sabido adaptar gracias a la urgencia de los periódicos; procuro que el fondo no distraiga ni perturbe el primer plano, al fin y al cabo lo que voy buscando siempre es la expresión. También me encanta la foto de estudio que aprendí en Nueva York y luego desarrollé en revistas, la idea de aislar al personaje y su figura ante un fondo plano para jugar con la luz de los flashes de estu-

◀ Atentado de ETA en Madrid en el que resultaron muertos el vicealmirante Cristóbal Colón de Carvajal y el chófer Manuel Trillo.
6 de febrero de 1986.





dio, esa cosa cosa líquida que hay que saber gobernar.

-¿Cuáles fueron los trucos que a fuerza de trabajar fuiste aprendiendo?

-El principal truco, por llamarlo de algún modo, es el de inspirar confianza y molestar lo mínimo. Dejar estar, con las mínimas sugerencias, nada de forzar poses. "Involucrarse mucho y ser educado", dice Annie Leibovitz, otra gran retratista pero con el acarreo de mucha parafernalia técnica y apoyo logístico que no va conmigo. Los fotografiados también se fijan en ti y notan enseguida cómo de serio te tomas tu trabajo y si va saliendo a tu gusto. Ahí no puedes mostrar ninguna duda. Ahora, cada vez más ligero de equipaje, trabajo sólo con una cámara y un objetivo.

-¿Tienes la impresión de que había más libertad entonces que ahora, que el retratado estaba más relajado? Te lo digo porque se hacían entonces muchos retratos de políticos y realmente algunos de tus retratos transmitían una tremenda confianza en el fotógrafo y casi diría que en el país en el que estaban gobernando.

-Sí, creo que quien posaba estaba más relajado y sobre todo más atento porque entre cada clic de la cámara pasaba un cierto tiempo que favorecía una mayor concentración entre fotógrafo y retratado. Se conseguía así una mayor participación y una búsqueda común de la mejor expresión. Había un cierto misterio cómplice. Ahora la facilidad y la sobreabundancia de disparos te proporciona mucha tranquilidad técnica

pero te puede adormecer en esa búsqueda, en ese tanteo tan necesario por lograr la mejor foto.

-Ricardo, háblame de tu experiencia neoyorkina, ¿te cambió, fue definitiva, que hacías, cómo te integraste, te sentiste solo?

- Cuando en nuestro país se asentó todo un poco con la victoria arrolladora de Felipe González en 1982, necesité descansar del trajín de los años anteriores y decidí, después de informarme, solicitar una beca, que me fue concedida, al Comité Conjunto Hispano-Norteamericano para Ampliación de Estudios Artísticos en "The New School for Social Research" de Nueva York. La memoria fue avalada por Juan Luis Cebrián y me guardaron mi puesto en El País a la vuelta. Me fui con idea de aprender realización de televisión ante las cercanas concesiones de las televisiones privadas en España y también iba a clases de fotografía de estudio, moda y publicidad. Pronto descubrí que la tele no era lo mío y me volqué en los talleres prácticos de fotografía en la "Parsons School of Design" a donde acudían como invitados para dar conferencias Richard Avedon, Helmut Newton y Steven Meisel. Nueva York me sirvió sobre todo para valorar la calidad y exigencia técnicas del trabajo, junto a un alto nivel de especialización, que hasta me producía cierta sonrisa: descubrí que había cientos de fotógrafos que fotografiaban solamente una cosa, tornillos o paraguas o ruedas o fruta y dentro de la fruta estaban los que mejor retrataban los kiwis, por ejemplo.





Una locura. Eran los años 84 y 85, cuando el dólar estaba por las nubes.

En cuanto a la soledad, ya sabes, y lo he leído en tu último libro sobre aquella ciudad, en Nueva York se mastica la soledad pero tuve buenos amigos americanos y españoles: fue una época frívola y divertida, éramos jóvenes, hacíamos parties con el deseo de encontrarnos y ligar, y sobre todo siempre tuve el convencimiento de que regresaría a España, aunque me tentaron con un trabajo que rechacé de realizador en una televisión local.

A la vuelta estuve en El País hasta que me fichó la revista Tiempo en abril de 1986 como editor gráfico. En 1990 me llamaron del diario YA como redactor jefe de fotografía, querían reflotar el periódico pero aquella aventura duró poco y a partir de ahí decidí seguir trabajando de forma independiente en distintas publicaciones. Hasta hoy.

-Se diría que todo sucedió entonces, en aquellos años fascinantes para el país y para el ejercicio del periodismo, pero ¿cómo vives ahora tu oficio? Sigues retratando personajes, pero parece que tu vida ha entrado en un periodo más sosegado.

-Ahora todo lo vivo con más calma, y esta calma, en el fondo, ha sido siempre mi mayor ambición. Aunque nunca he parado de hacer cosas siempre he sido propenso a la reflexión y a la pereza. Me gusta el trabajo que ahora tengo en una revista literaria mensual, Mercurio, donde sigo haciendo fotos, apporto ideas de contenidos y me encargo de la edición gráfica y de orientar sus portadas. Y he vuelto a dibujar con más ganas que nunca; me gusta el trazo suelto sin corregir en formatos pequeños, con lápiz y acuarela, ahora me acuerdo de lo que le dijo Picasso a su amigo Brassai: "En materia de dibujo no hay nada mejor que el primer bosquejo".







Las caras del tiempo

—Antonio
Muñoz Molina

Tarda mucho en cobrar forma la fisonomía de una época. El presente es puro flujo, aturdimiento, confusión. El presente es cada uno de los momentos o los episodios o las imágenes aisladas que uno vive, sin mucha conexión entre sí, sin un orden claro, menos aún una tonalidad. Una época cobra forma cuando ya ha pasado. Entonces se advierte el aire de familia entre lo que parecieron singularidades, igual que se advierte la homogeneidad profunda que había en los aspectos más variados de la vida material, desde la moda a los peinados a las formas de los coches a la estética de los anuncios a las siluetas de la gente por la calle. “Todo lo que es del mismo tiempo se parece”, dice Proust, que se fijaba tanto. Uno acude a sus tareas diarias, se distrae, se enamora, adquiere una afición, contrae un vicio, queda con amigos: al cabo de unos años, todas esas idas y venidas resulta que tenían una profunda unidad biográfica, y que entre momentos y acciones en los que uno no notó ninguna fisura se estaban dibujando algunas de esas divisorias que dan forma definitiva a la experiencia. Vives sumergido en tu tiempo y lo notas tan poco como que te mueves bajo el peso inmenso de la atmósfera sin que te aplaste.

Quizás antes de que existiera la fotografía era mucho mucho más difícil la construcción de esa conciencia temporal. Hay cosas que la memoria no conserva. En realidad la memoria conserva muy poco, muchísimo menos de lo que uno imagina. Por eso choca tanto verse de improviso en una foto que ha conservado otra persona, o leer cartas o diarios antiguos, o curiosear en periódicos de solo unos años atrás. Igual que las cámaras

antiguas no registraban imágenes en movimiento la memoria no capta el cambio constante que está sucediendo delante de los ojos, pero invisible para ellos. El presente no es un estado ni un lugar, sino un tránsito, pero nosotros lo percibimos, consoladoramente, como un espacio habitable y pausado, nuestra casa en el tiempo. Basta que pasen unos años para que la actualidad se haya convertido en historia vieja y para que cada una de las caras en apariencia invariables que lo rodean a uno -la suya misma en el espejo- resulten transformadas como por las huellas de una enfermedad que no se sabía que estuvieran padeciendo, pero que es evidente cuando vuelve a verse en una foto la cara siempre más joven del pasado.

La enfermedad inadvertida era tan grave que algunos de los de entonces han sucumbido a ella. El album de fotos es un extraño reino en el que están juntos los vivos y los muertos, y en el que la juventud parece un rasgo generacional, como el vestuario o el corte de pelo. Qué joven era todo el mundo en los años setenta, en los ochenta. Hasta los viejos parecían contagiados de aquella juventud general, o al menos no excluidos de ella, no replegados en la misantropía, en el resentimiento de no participar de aquel vigor extendido y festivo, aquella propensión al aturdimiento y a la expectativa.

Nadie parece trabajar más en el presente que el fotógrafo de prensa. Su material es lo que irrumpe, lo que sucede ahora mismo, lo que será inapresable solo unos segundos después. Los personajes a los que retrata son los que brillan por una celebridad instantánea, por una relevancia pública que rara vez durará

◀ Victoria Abril en una sesión
con Ricardo Martín





20N de 1976.
Carrera de San Jerónimo. Madrid.

mucho, porque suele estar regida por los tiempos rápidos de la política o de la moda. En los años setenta, en España, en los ochenta, de pronto había muchas cosas que contar y que fotografiar, y muchas caras jóvenes de relevancia inusitada. Ricardo Martín estaba en uno de los núcleos centrales de aquel duradero torbellino. Ángeles García lo recuerda saliendo velozmente con ella por Madrid, camino de un acontecimiento, de un desastre, de un atentado, de uno de aquellos sobresaltos que vivíamos todos y que estaban modelando, sin que nos diéramos cuenta, la fisonomía de un tiempo que resultó ser el de nuestra juventud.

Ricardo, como todos, iba de un sitio a otro, siempre apurado de tiempo, tomaba fotos, corría al laboratorio, veía a la mañana

siguiente sus imágenes en el papel del periódico, las veía desaparecer bajo el oleaje de papel de la tirada del día siguiente. Ricardo, criado en los periódicos, tenía ese pulso rápido del tiempo, esa destreza de cazador para atrapar lo inmediato. Pero en él había, desde muy pronto, o desde siempre, otro sentido más interior del tiempo, otra intuición contemplativa de la fotografía. Eso es algo que se ve en su trabajo, y que se ve también en él, cuando se lo conoce, cuando se le ve hacer fotos o no hacerlas, levantar la cámara y bajarla sin haber hecho nada, dejarla a su lado, a su alcance, en la mesa en la que está tomando algo con amigos, incluso en su regazo, sobre las rodillas. Hay veces que Ricardo parece estar viendo una foto posible y por algún motivo desiste de





tomarla, o se queda conforme simplemente con haber observado algo, con haber advertido una cierta expresión en alguien que tiene cerca. El campo de la fotografía es la superficie visual de las cosas, pero en Ricardo Martín hay una interioridad pensativa, un aire de cavilación en el que la cámara es unas veces un instrumento y otras un talismán, algo que basta sostener en las manos, considerando las posibilidades que ofrece, yendo adelante o no. Nada da la impresión de ser más meditado que sus decisiones instantáneas.

Esa lentitud interior es lo que da la peculiar unidad a los retratos que ha ido tomando a lo largo de los años, más de la mitad de la vida, la vida entera que ha transcurrido desde que llegó a Madrid y a la redacción de El País en los principios de aquella época, que es la de su juventud y la mía y la del tránsito a la democracia y a la modernidad de nuestro país, esa época en la que hasta personas que ahora llevan muchos años muertas eran jóvenes, mucho más jóvenes de lo que recordamos y de lo que advertíamos entonces. El joven no sabe ver su propia juventud igual que no ve sus propios años el que va haciéndose mayor. En la galería de retratos de Ricardo están los jóvenes de entonces y algunos de los viejos memorables que conservaban el testimonio de otros tiempos, los viejos que habían sido jóvenes en la otra época de tentativa de renovación de España, viejas glorias a las que en realidad nadie hacía ya mucho caso. Faltaba tiempo y sosiego, sobraba prisa, la libertad estallaba en la política igual que en el sexo,

Andy Warhol llegaba a Madrid con su peluca platino de pelo sintético, Terenci Moix reía a carcajadas y Miquel Barceló podía ser un cantante en un grupo pop, Tierno Galván exhibía en público su achacosa lujuria dando un paso de baile junto a una mulata de cabaret cubano, José Bergamín posaba en su terraza y no en un libro de historia, aunque ya llevara un batín fúnebre, Julio Caro Baroja se quitaba las gafas de erudito fatigado, Adolfo Suárez sonreía como si tuviera toda la vida y toda la política por delante.

Cada uno estaba en lo suyo, en su trabajo, en su rareza, en su pasado, en su obsesión, en su casa. Todos estaban sin saberlo en la misma época, tocados por la misma transitoriedad, mirando a la cámara como queriendo atisbar en ella alguna pista sobre el futuro. Ricardo iba de uno a otro, con su paciencia grave, con el entrecejo pensativo, con su actitud interesada, pero no inquisitiva, siempre a una cierta distancia, la del respeto hacia el otro y también la de la propia reserva, la del que mira un rato y a lo mejor no hace una foto, o cambia de sitio, o se va luego con su carrito lleno -eran otros tiempos- y se queda pensando en otra foto que pudo haber hecho y no se le ocurrió a tiempo.

Es ahora cuando reúne todas esas fotos, las extiende en el suelo, las mira una y otra vez en la pantalla, elige, descarta: es ahora cuando se da cuenta de que estaba retratando las caras de un tiempo, la galería de los retratos de una época.





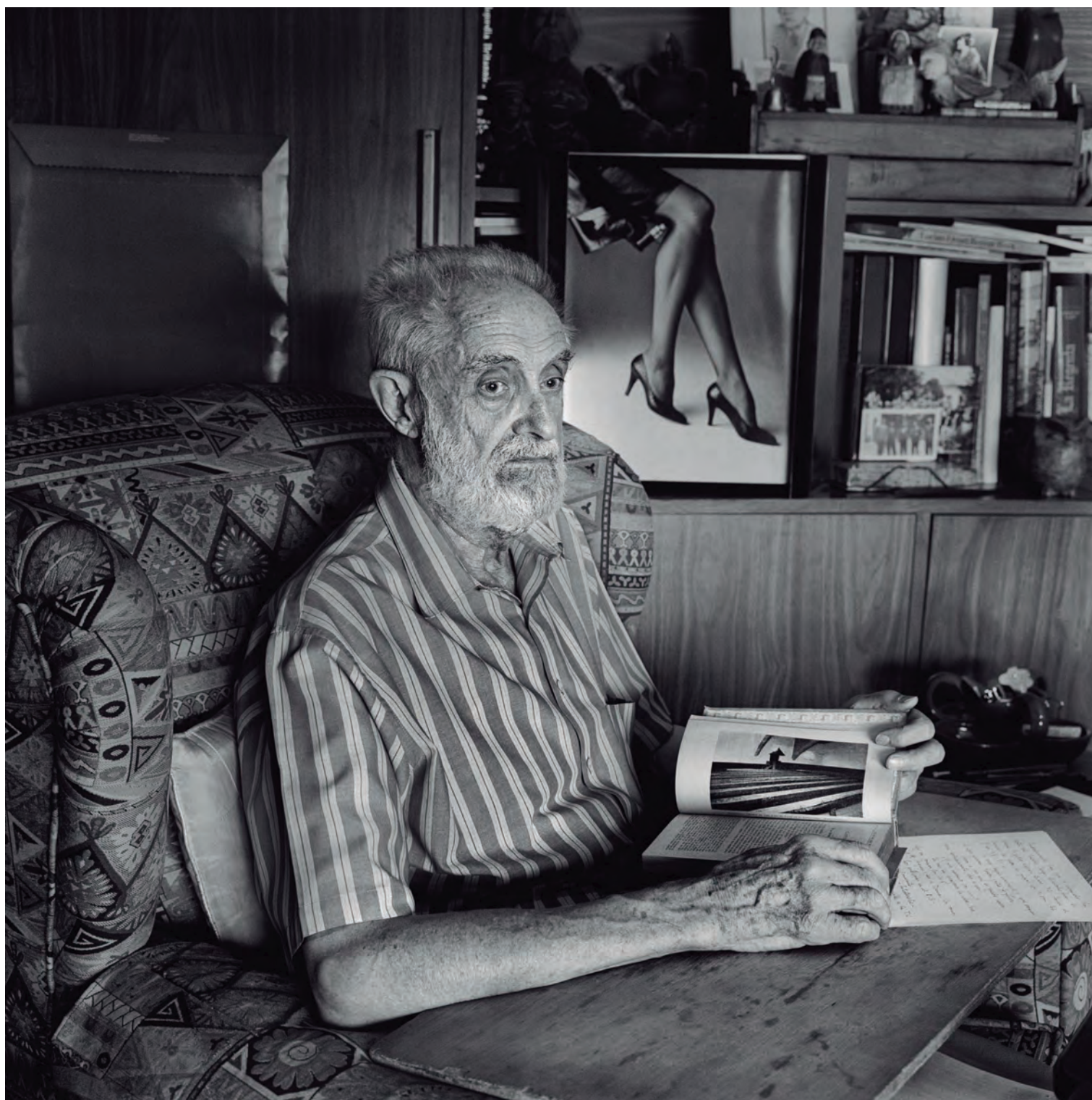




> Adolfo Suárez
1987









< José Luis Sampedro
1995





> Juan Gil-Albert
1981

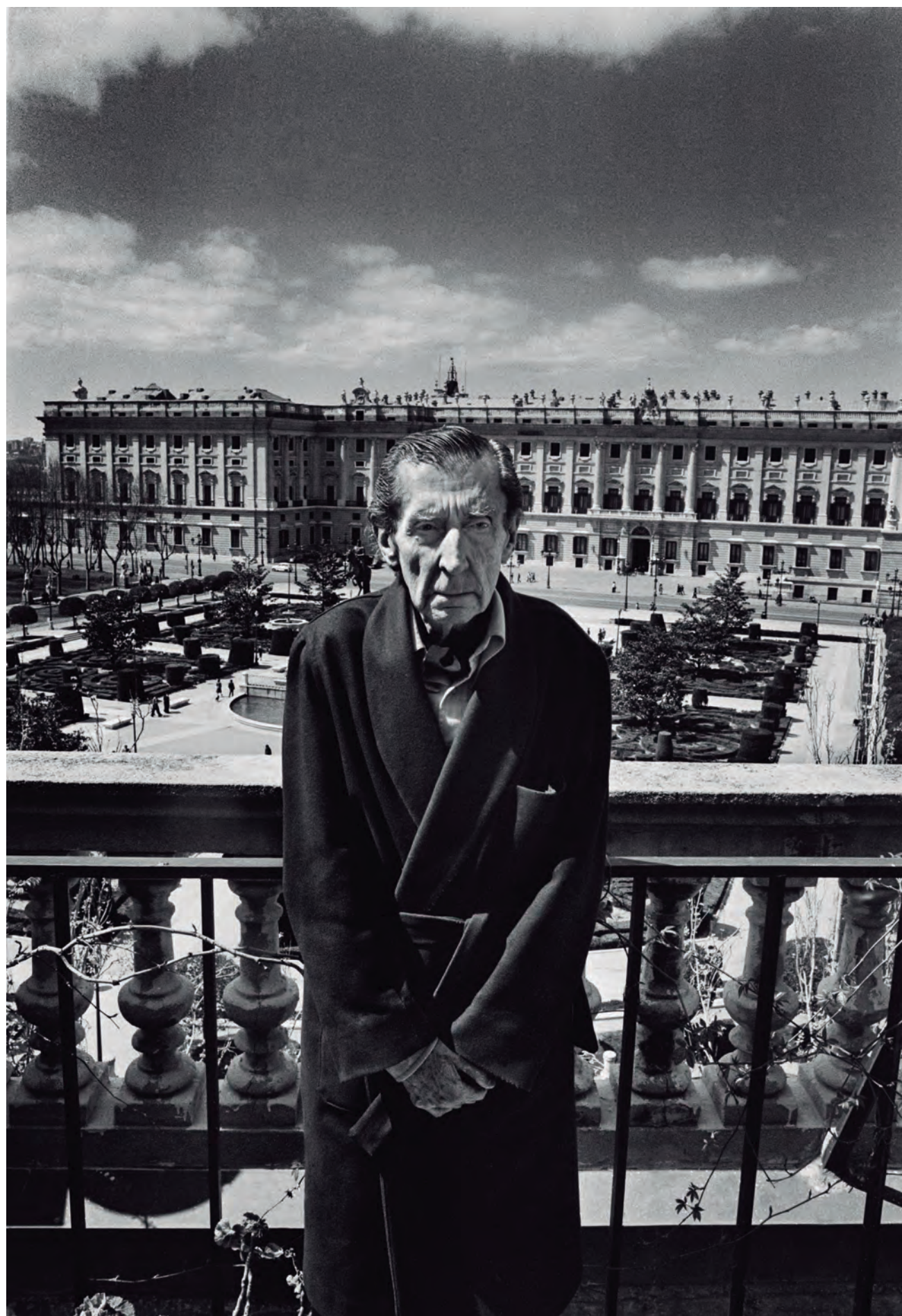






> José Bergamín
1980







> Felipe González
1982









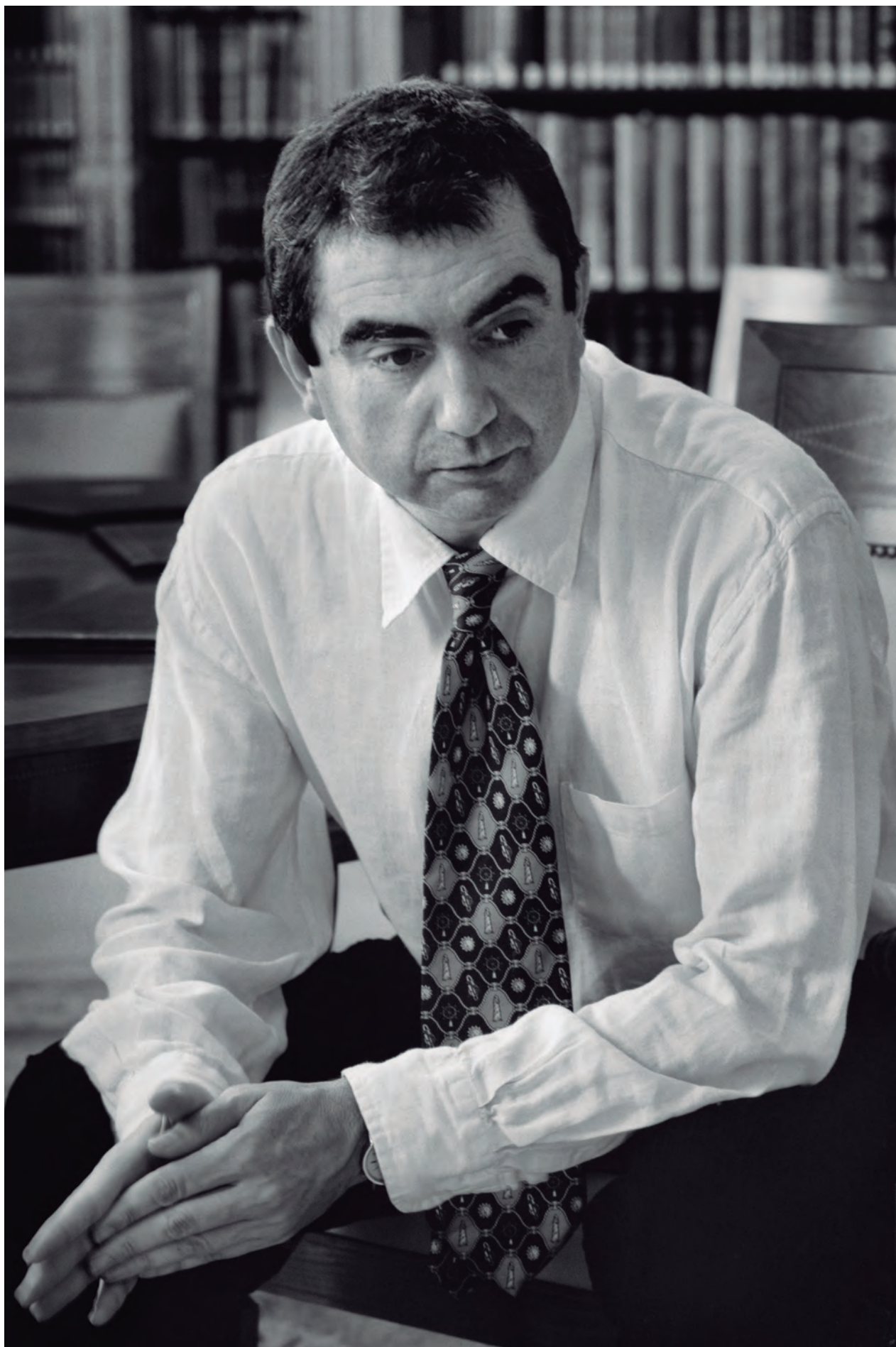
< Felipe González
1988

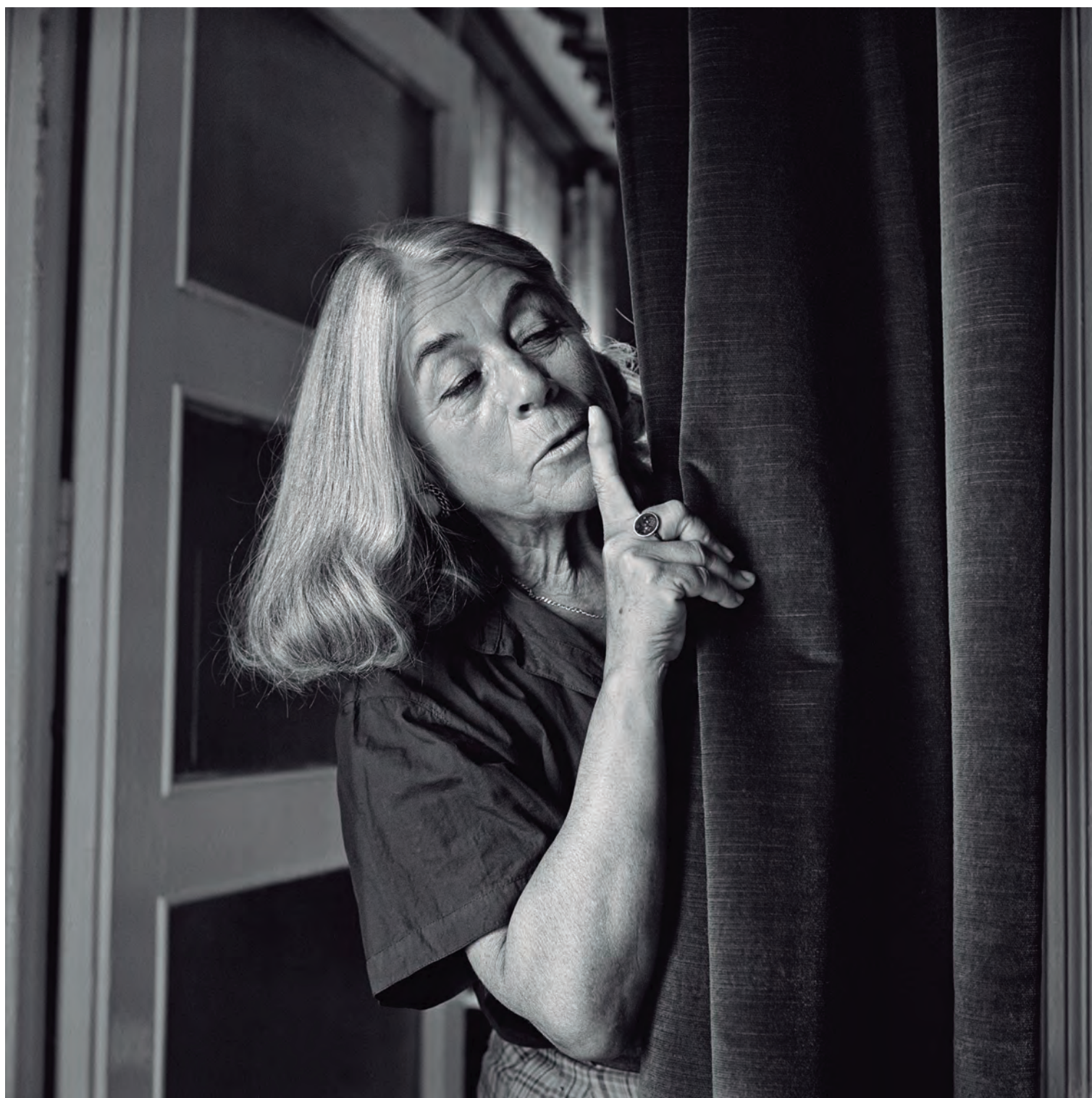




> Antonio Muñoz Molina
1997









< Carmen Martín Gaité
1992



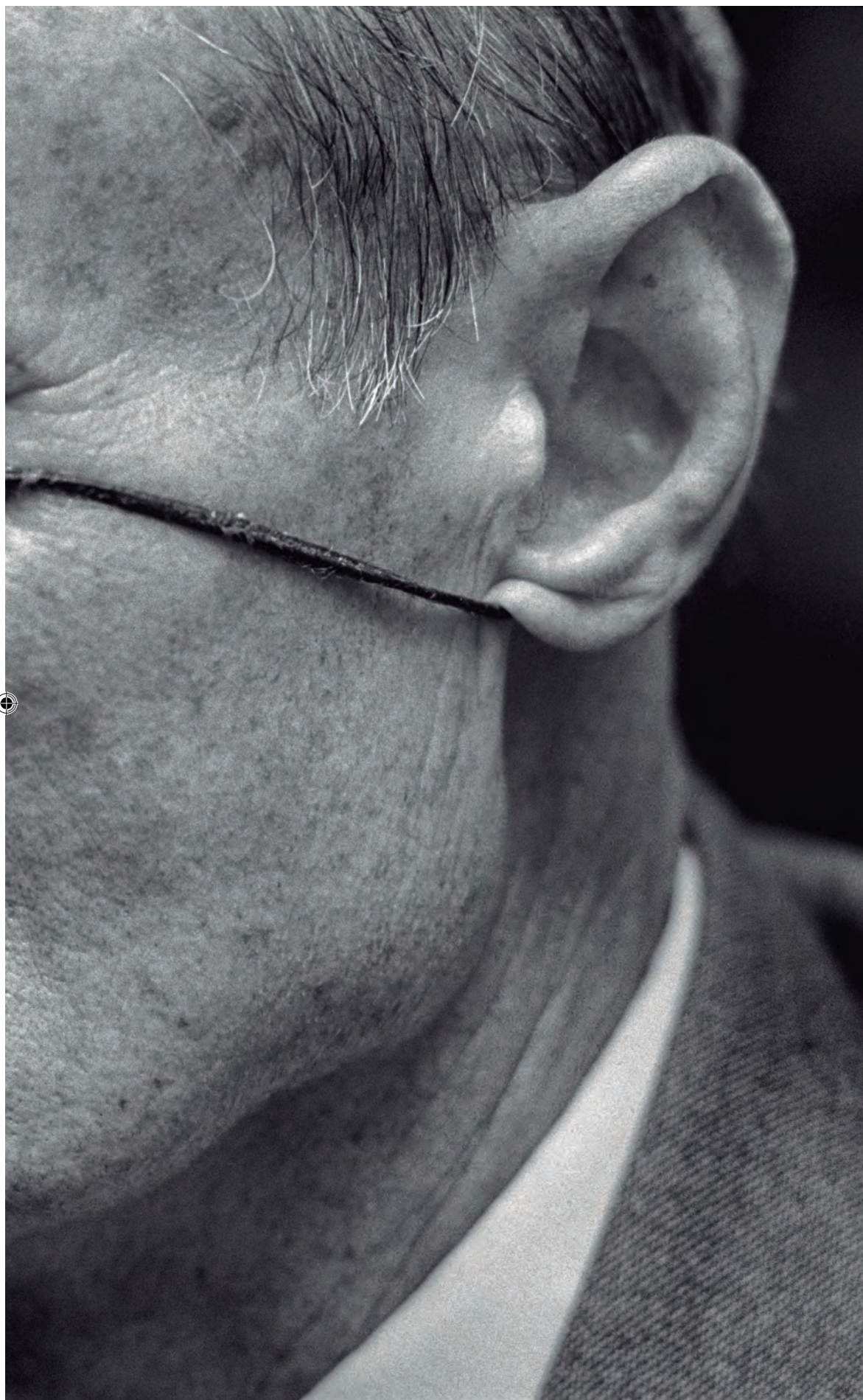


> Concha Piquer
1981









< Moshe Dayan
1981

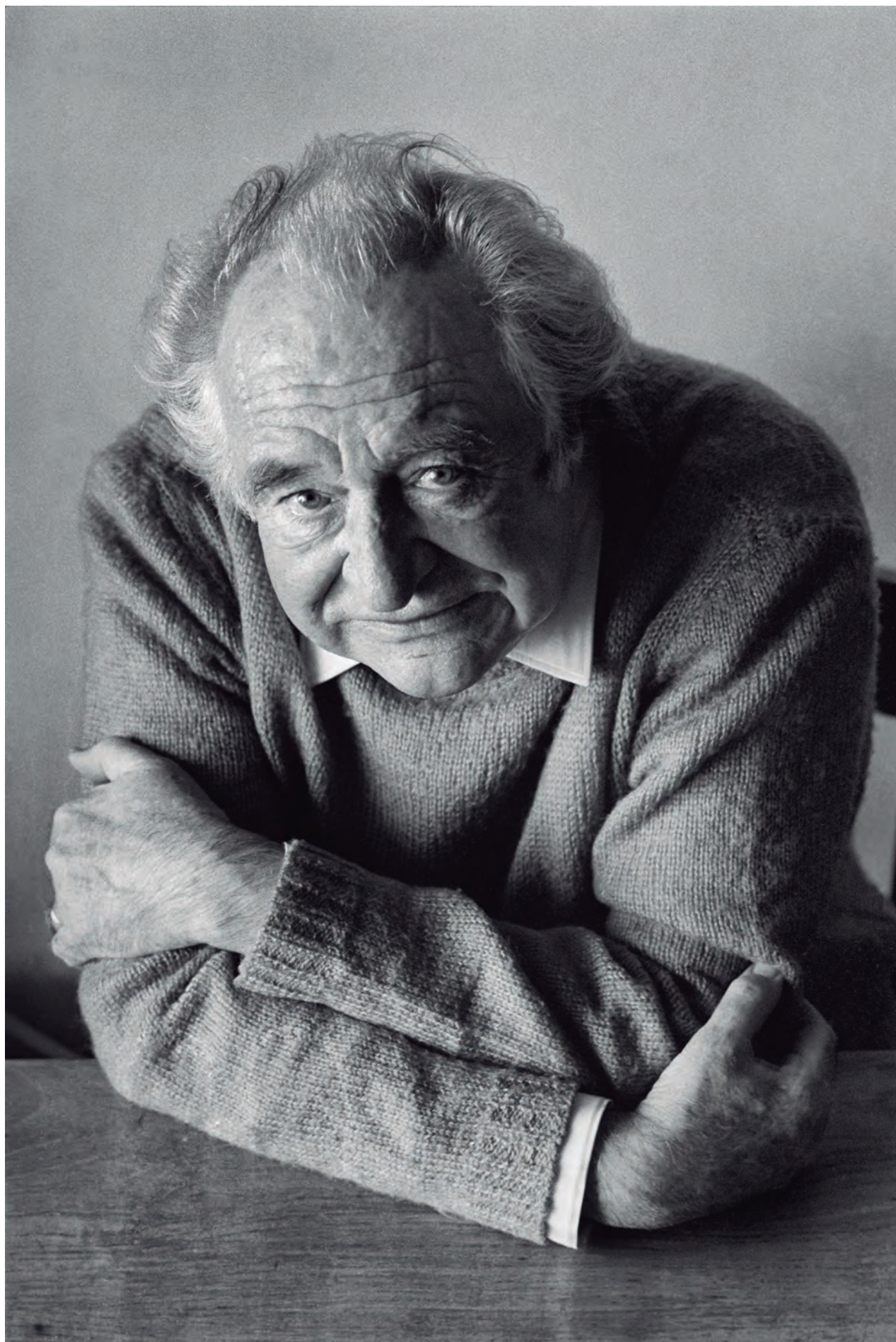




> Rosa Chacel
1981









◀ Gabriel Celaya
1981

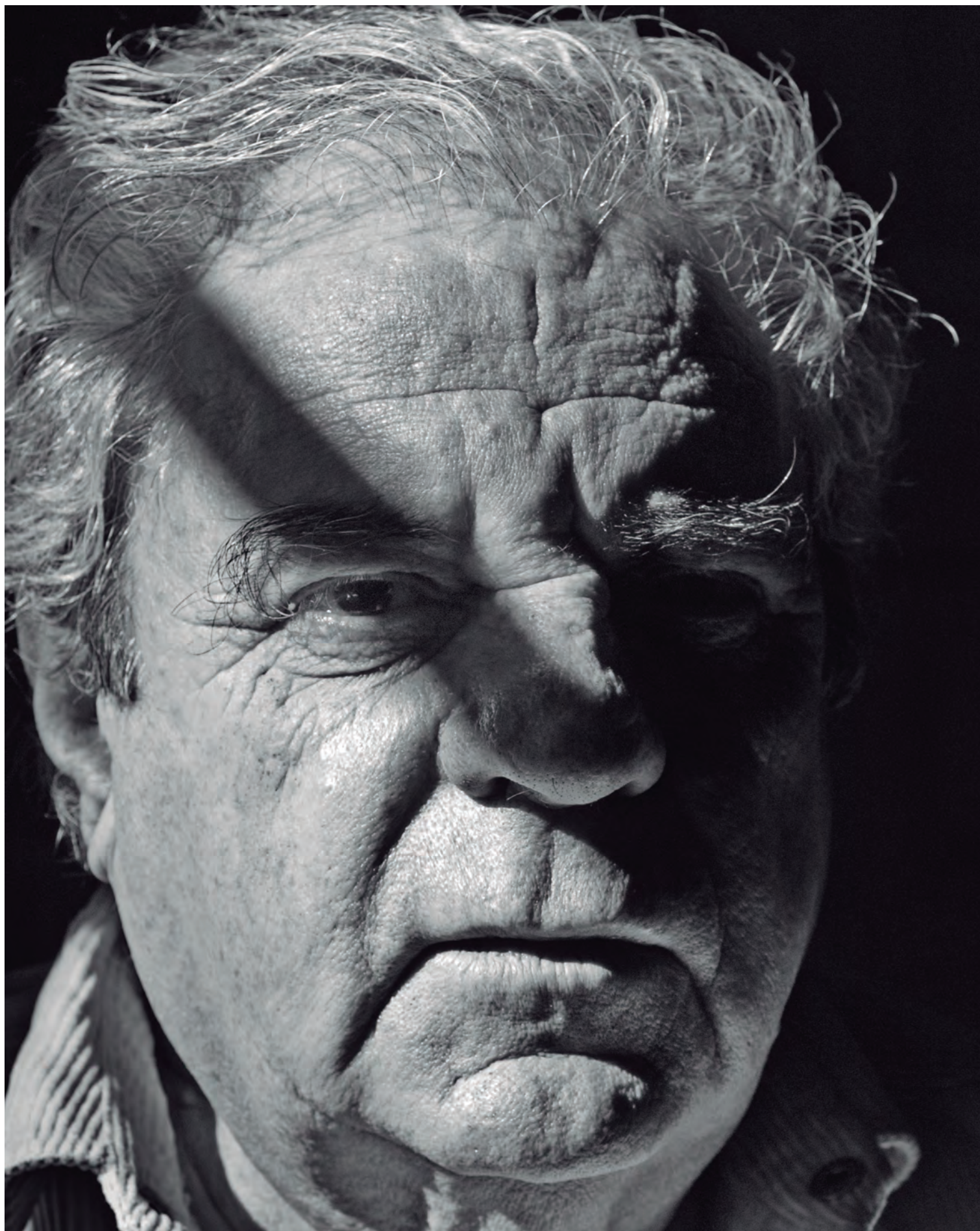






< Elías Querejeta
1981







< Juan Marsé
2009

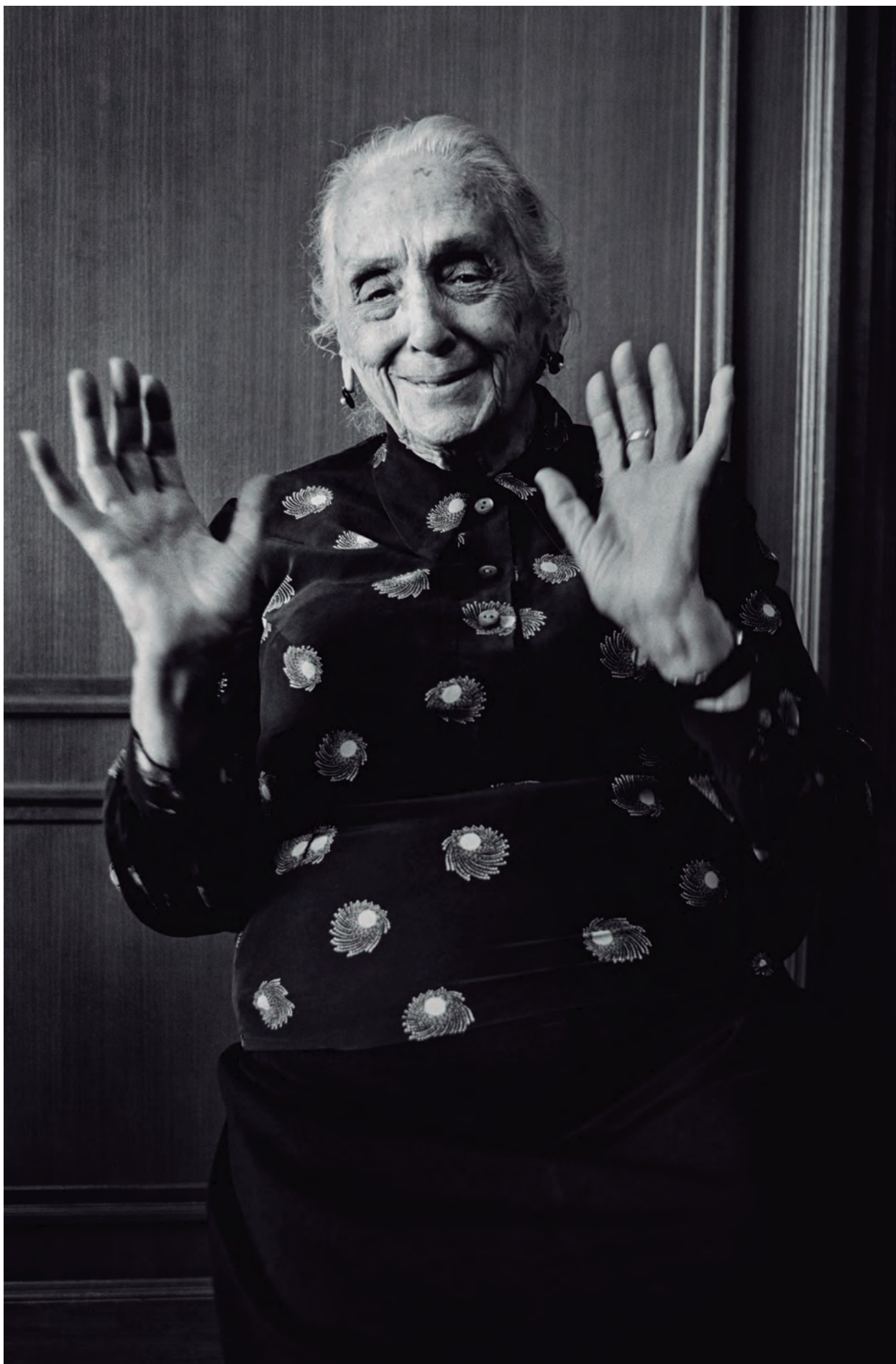




> Paco de Lucía
1988









< Dolores Ibaruri, *Pasionaria*
1981





> Jorge Oteiza
1995

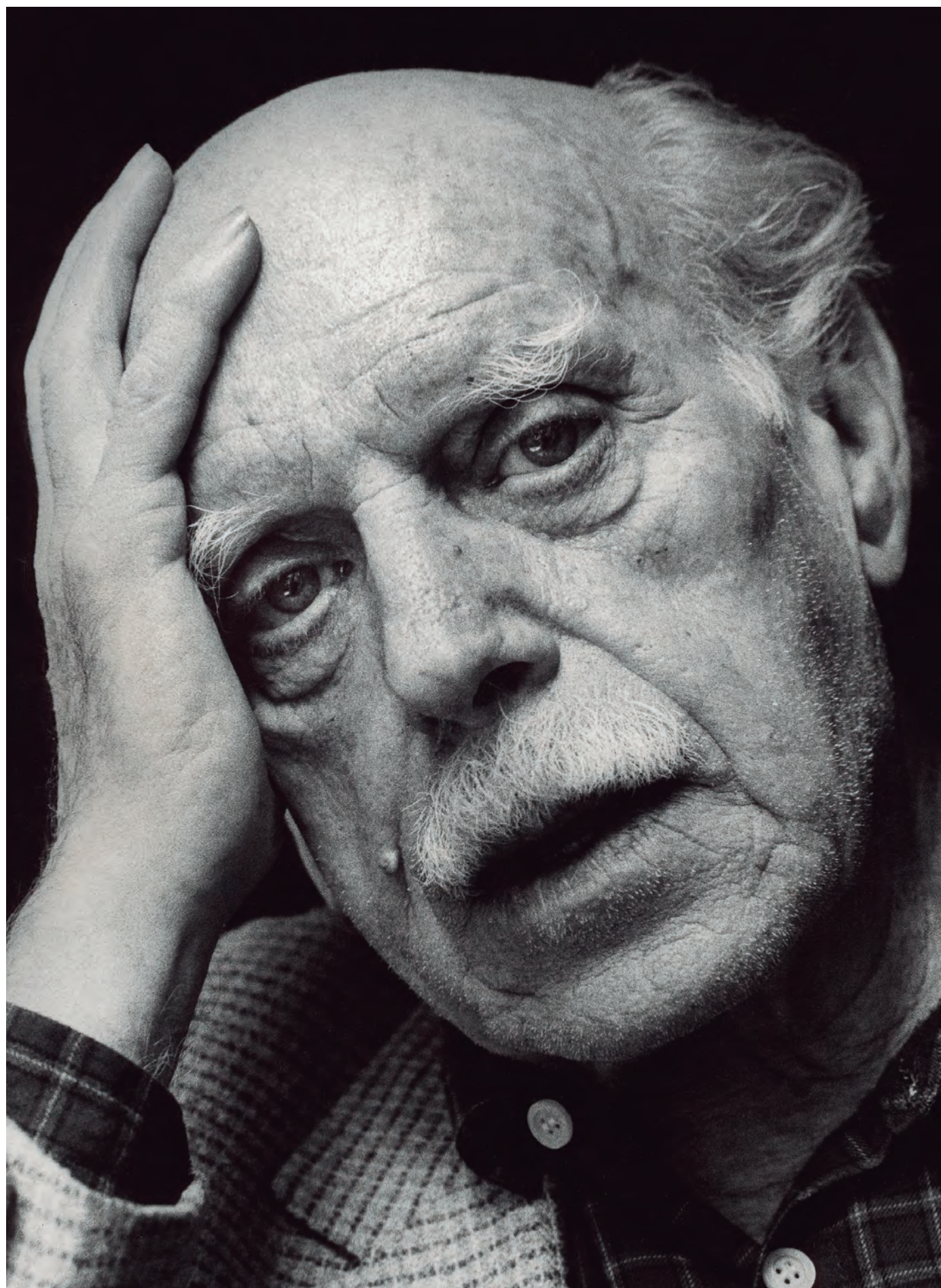






► Josep Renau
1981









< Maribel Verdú
1988







< Andrés Segovia,
Federico Moreno Torroba,
Joaquín Rodrigo,
Regino Sáinz de la Maza y
Ernesto Halffter.
1979





► Victoria Abril
1993







> Antonio López
1993









< Terenci Moix
1979





> Antonio Gala
1980









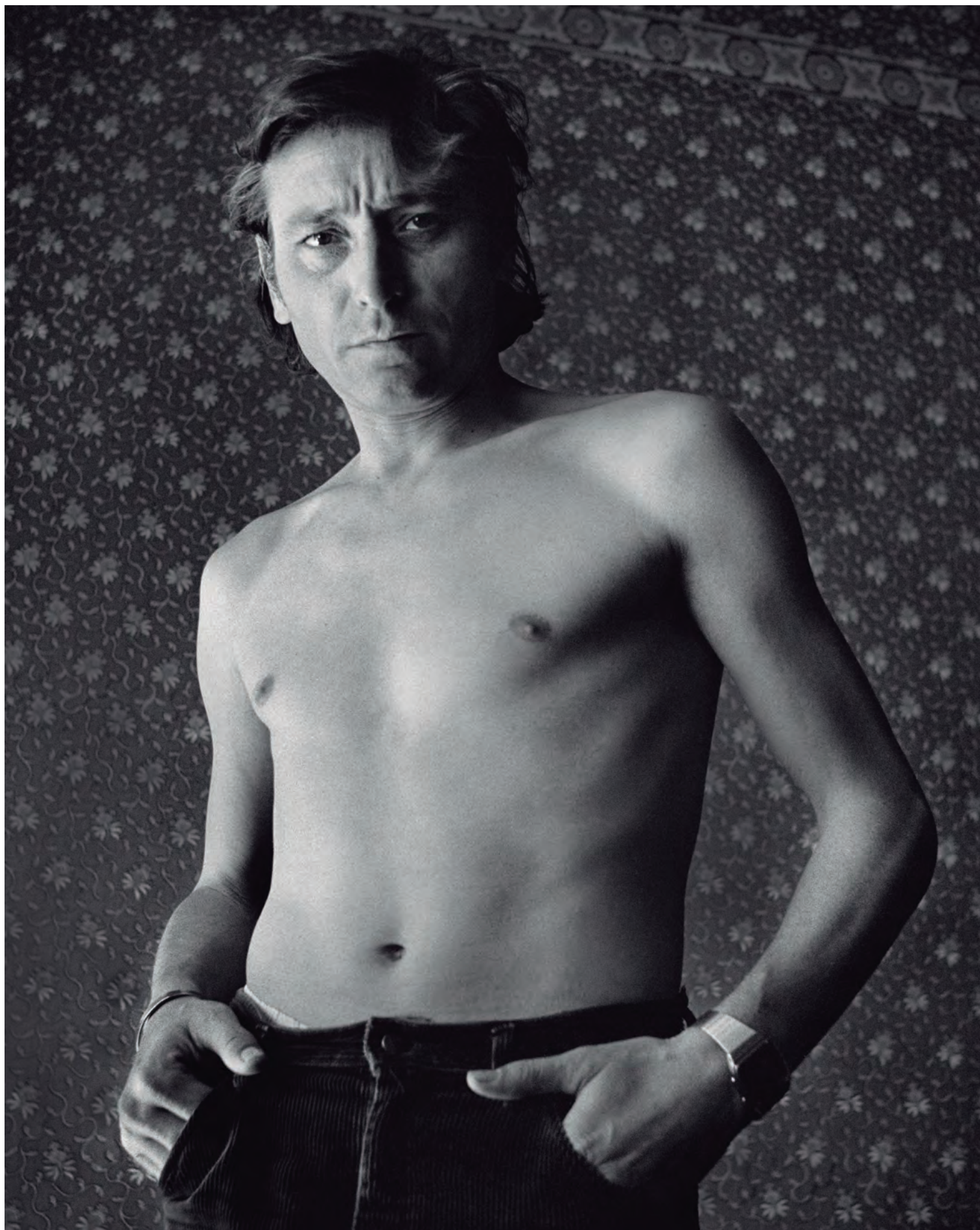
◀ Estrella Morente
2001





> Antonio Gades
1980







► Eduardo Mendoza
2012







> Miquel Barceló
1985









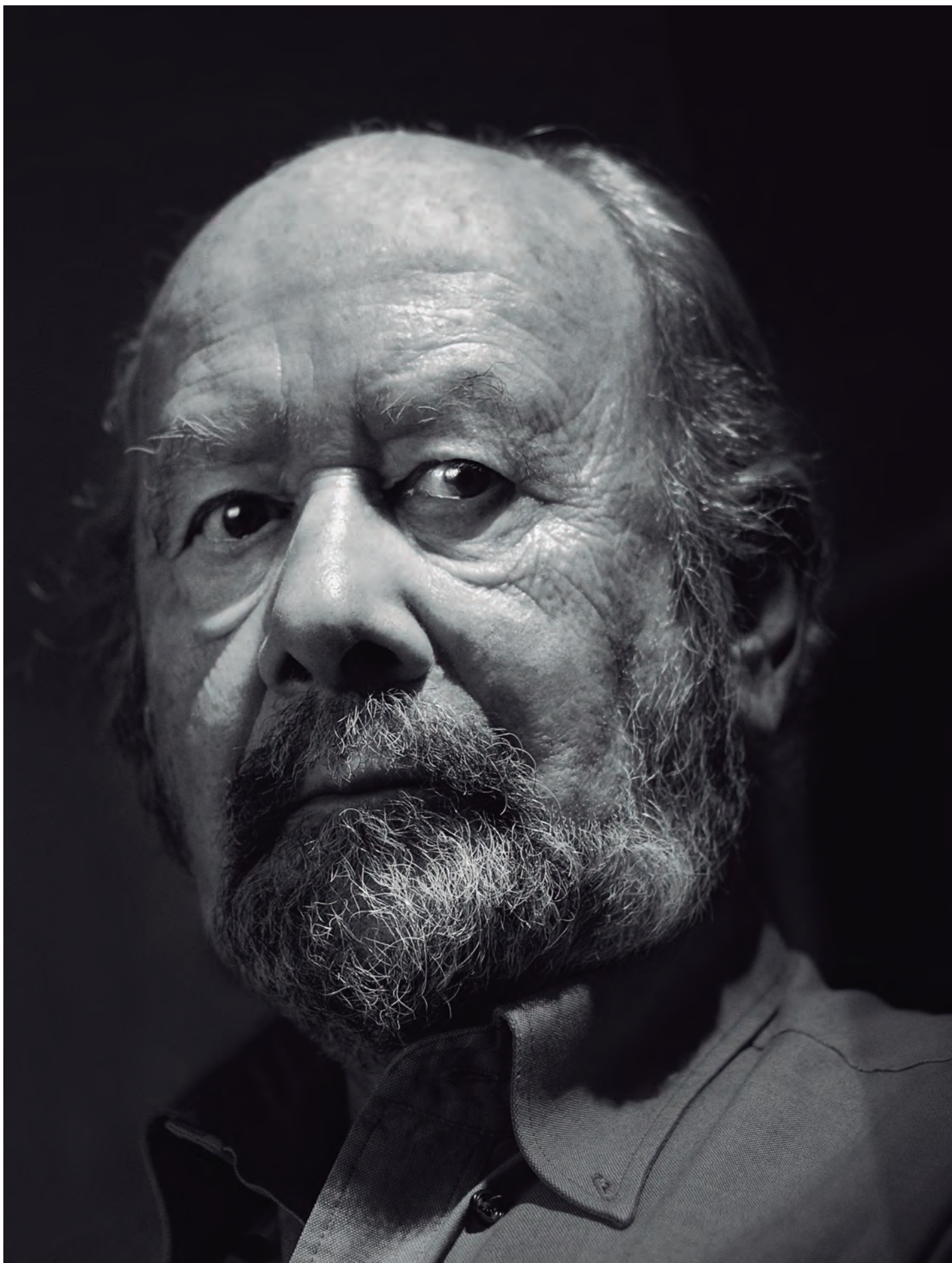


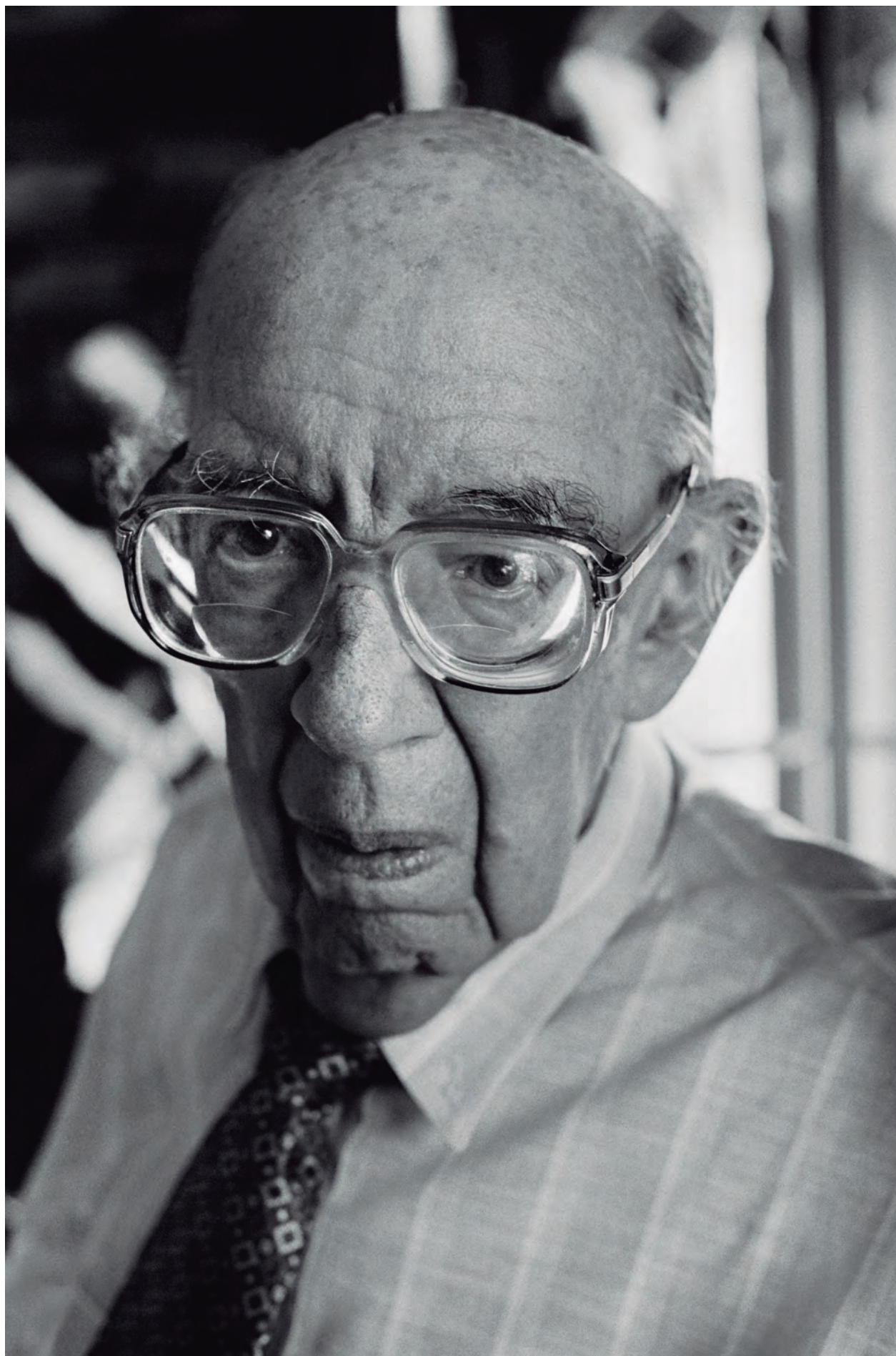
< Jesús Janeiro, *Jesulín de Ubrique*
1994



> José Manuel Caballero Bonald
2010









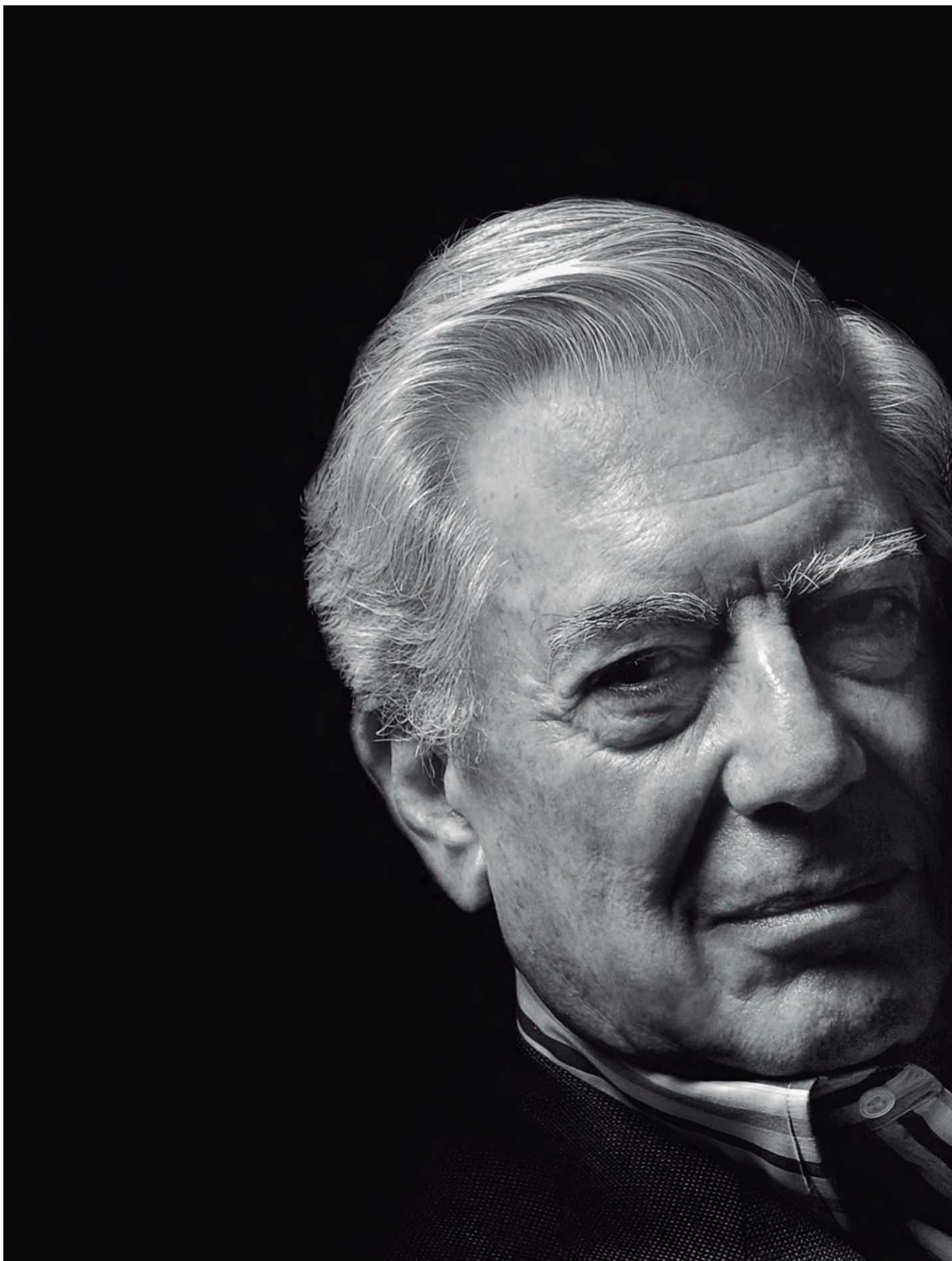
< José Luis Aranguren
1985





> Mario Vargas Llosa
2007







> Juan Luis Cebrián
1982



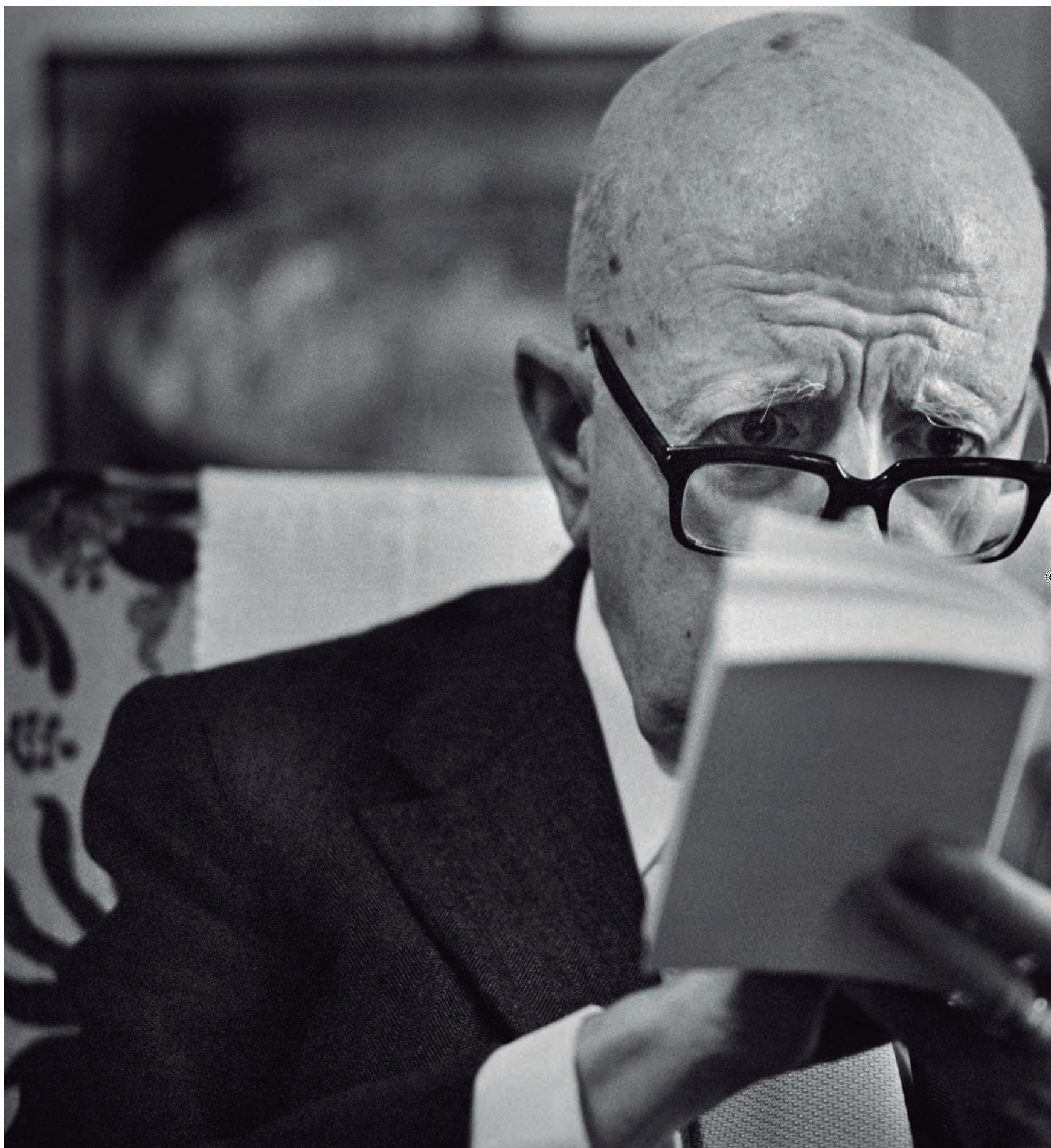






< Gloria Fuertes
1995







< Dámaso Alonso
1981





> Elvira Lindo
2010







> Annie Leibovitz
1992









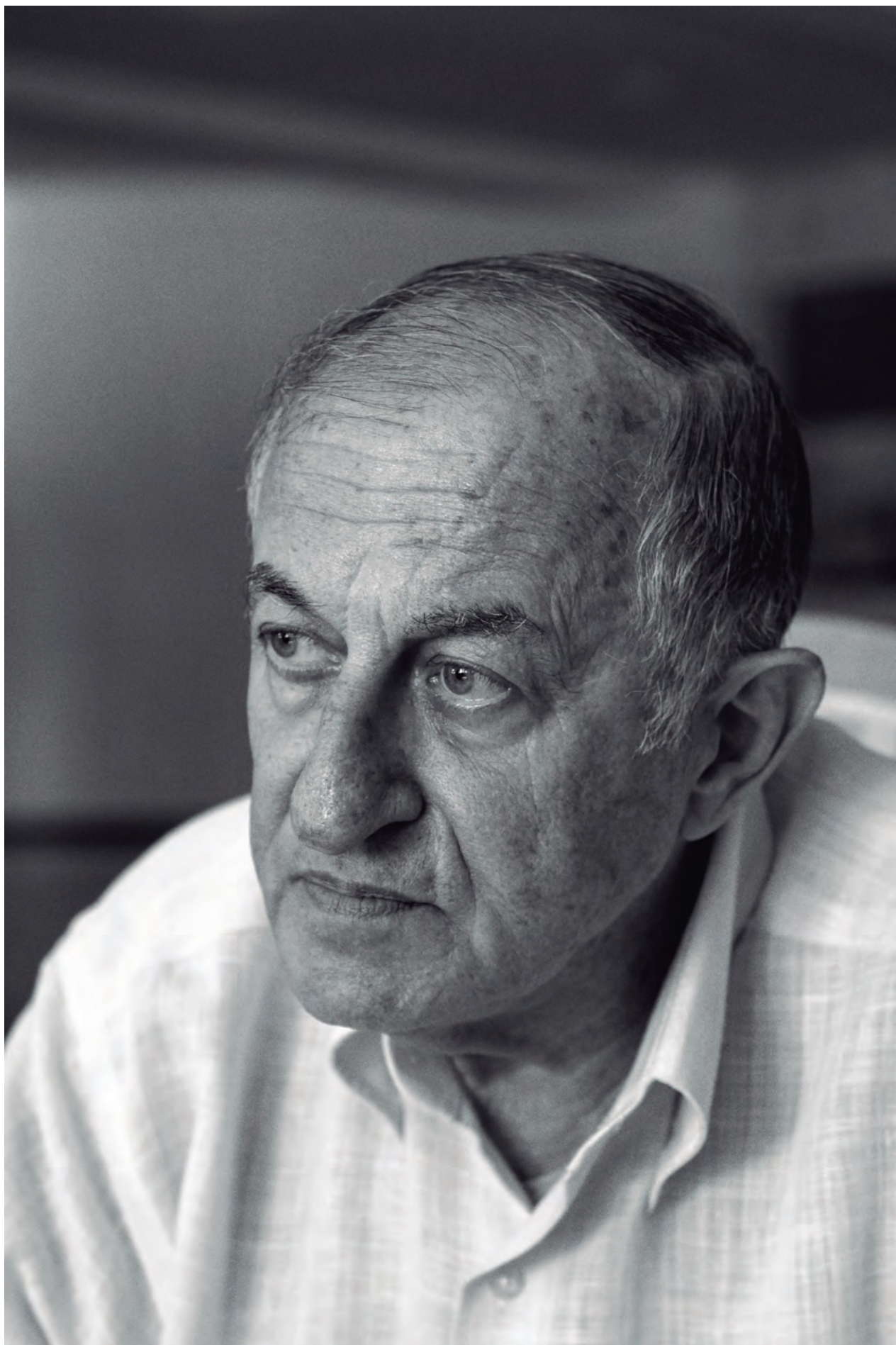
< Rafael Alberti
1981



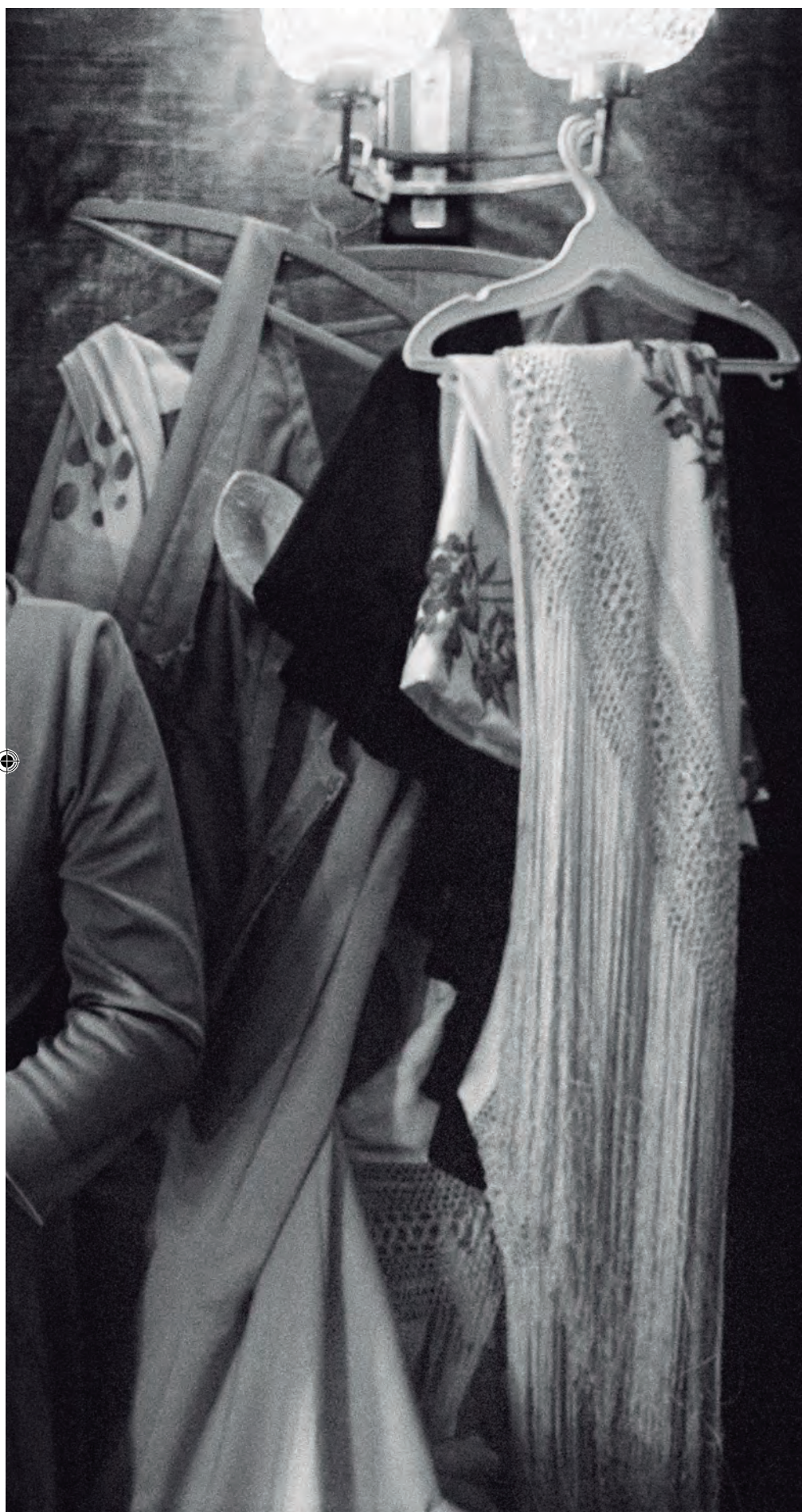


► Juan Goytisolo
2008









< Lola Flores
1979

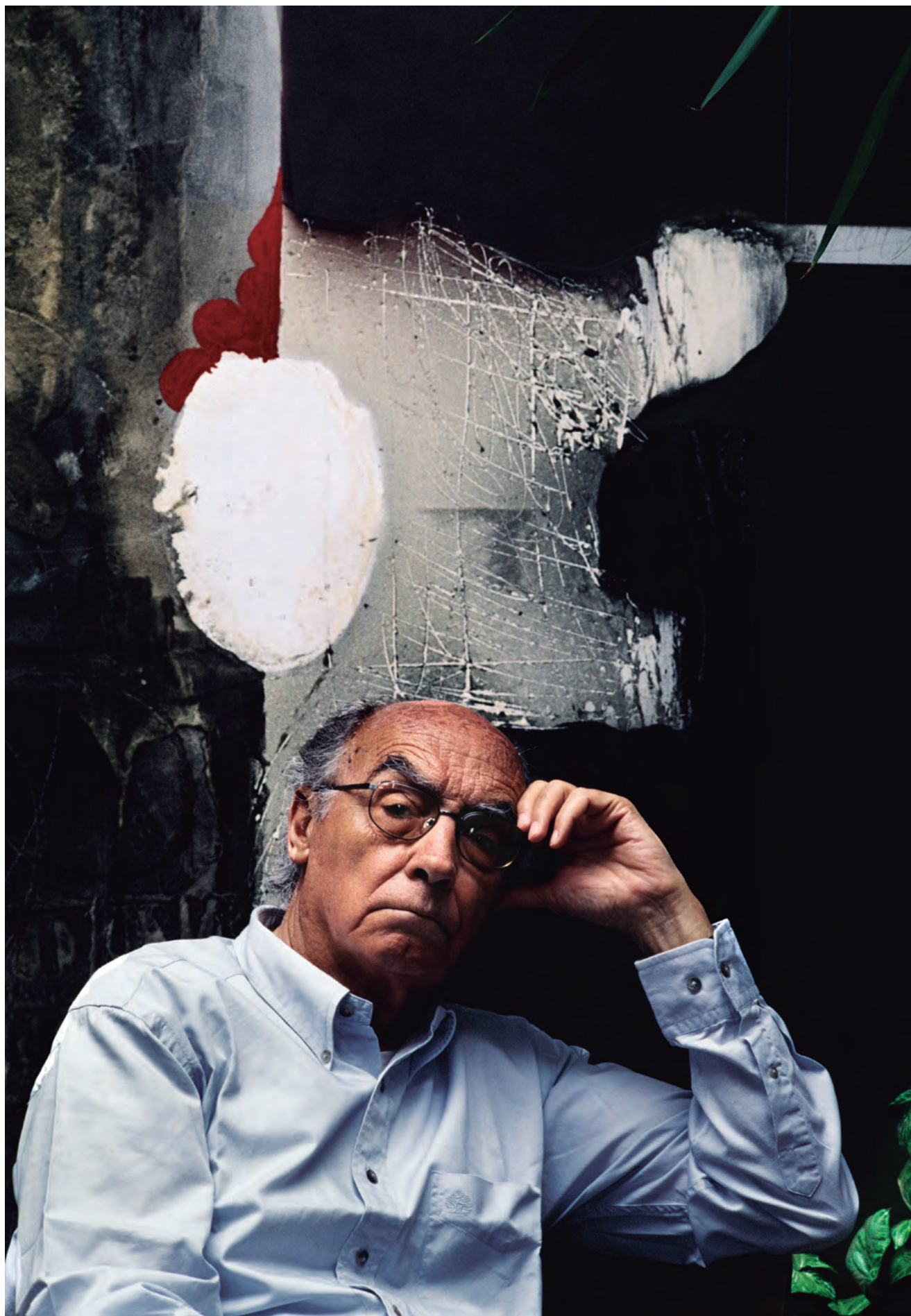




> Penélope Cruz
1988









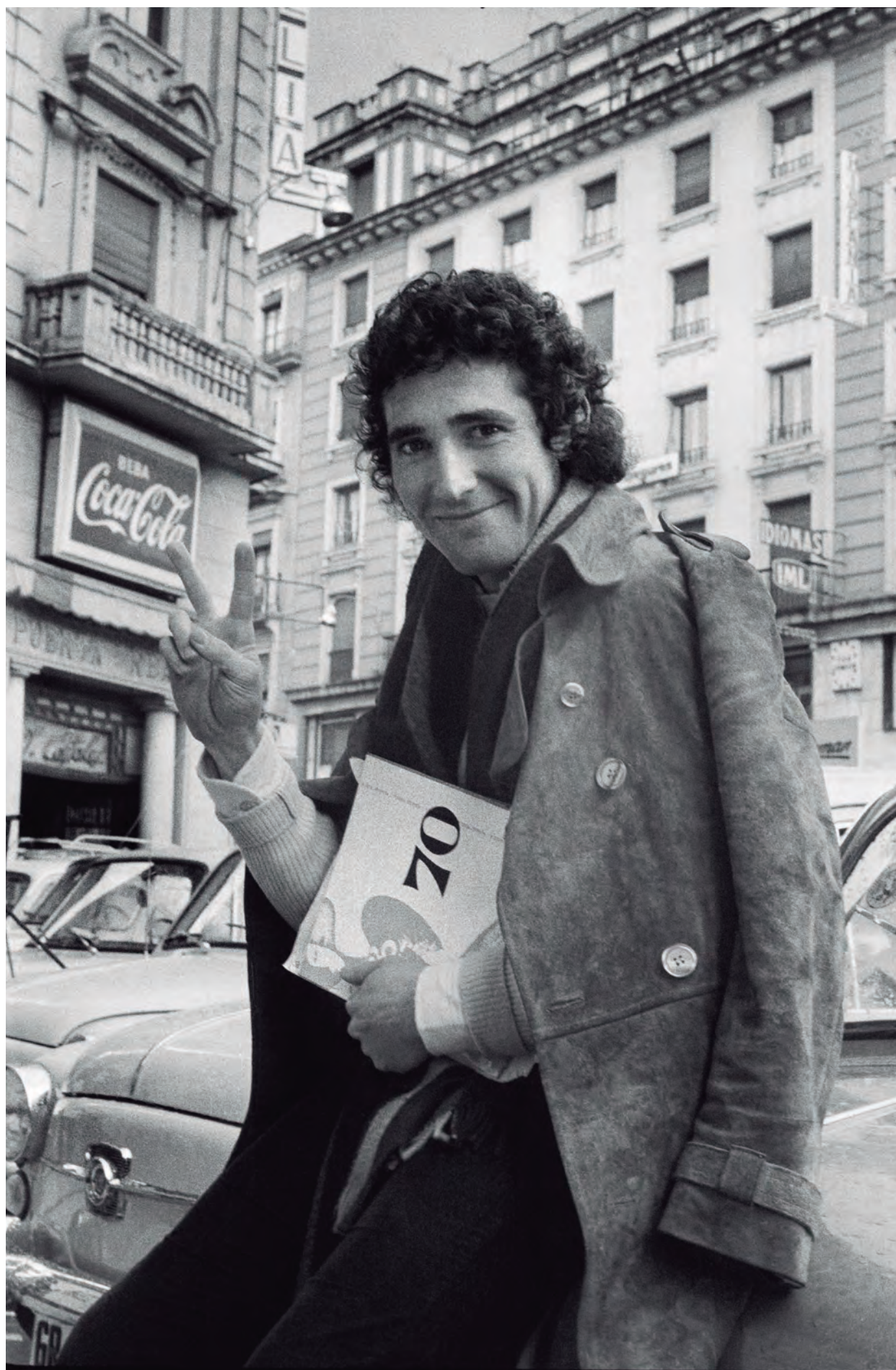
< José Saramago
2001





> Miguel Rios
1971



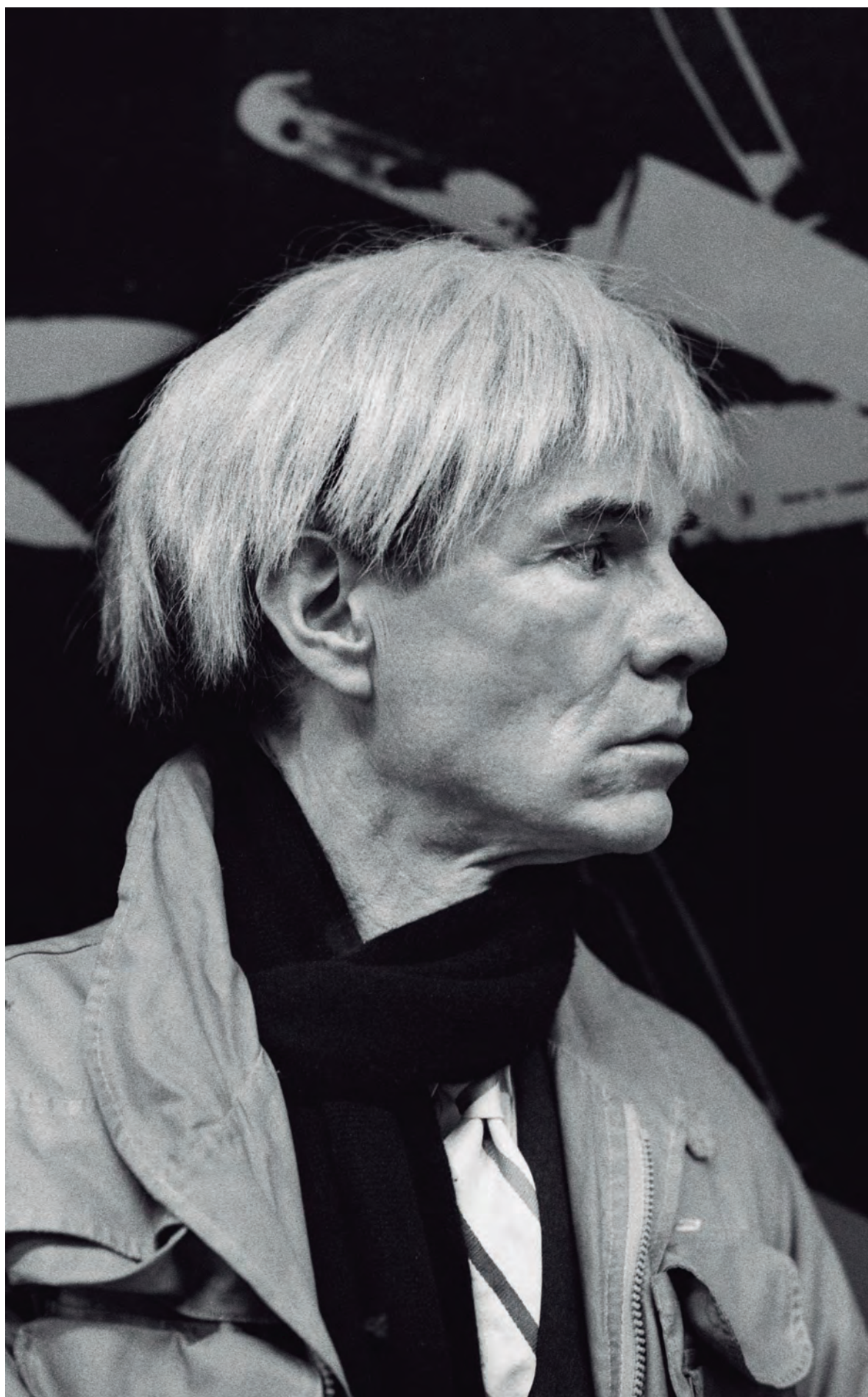






< María Casares
1994







< Andy Warhol
1983





> Pepín Bello
1981







> Reina Sofia
1986



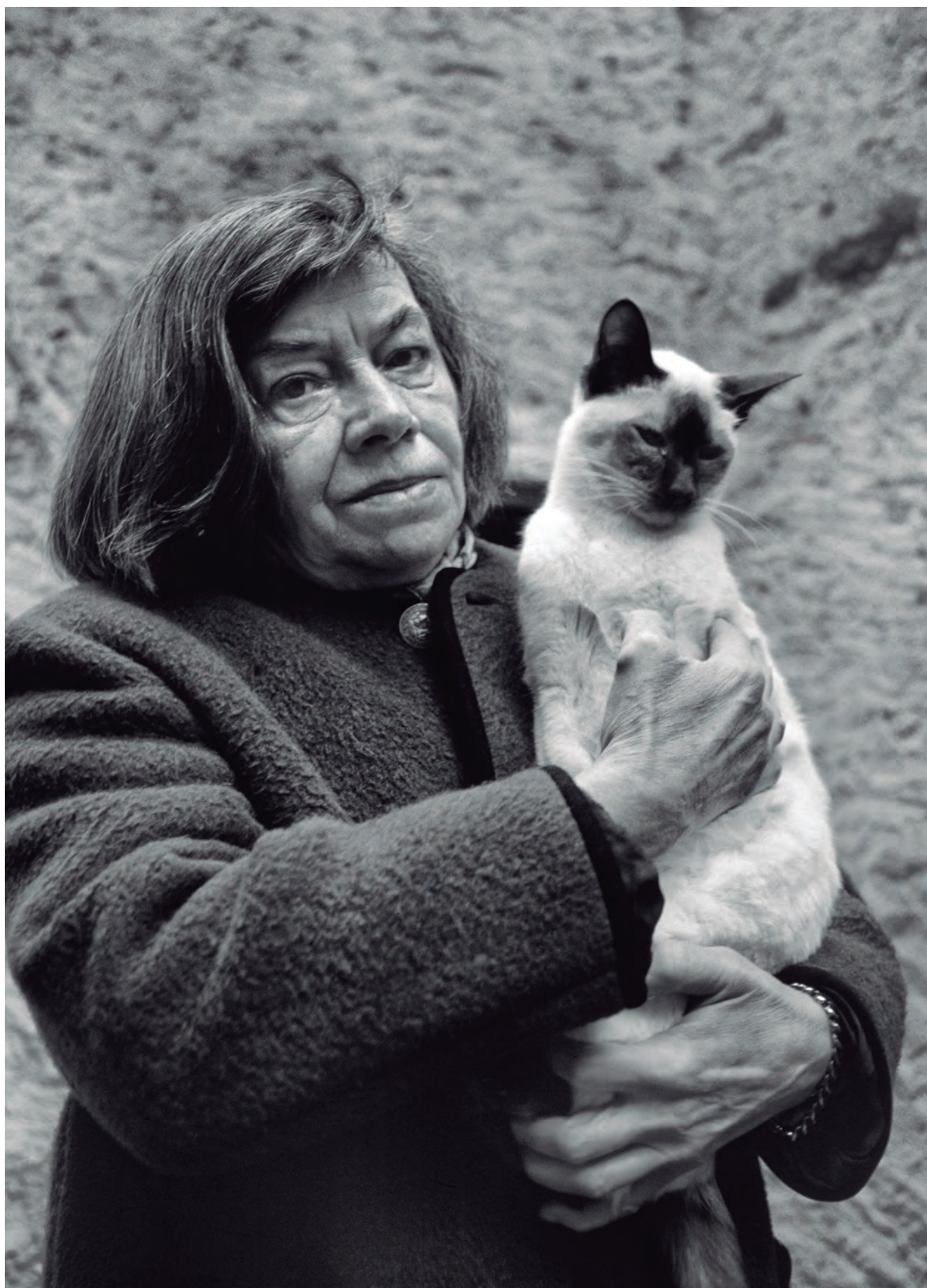




> Ramón Gaya
1995









> Patricia Highsmith con su gato Samy
1985







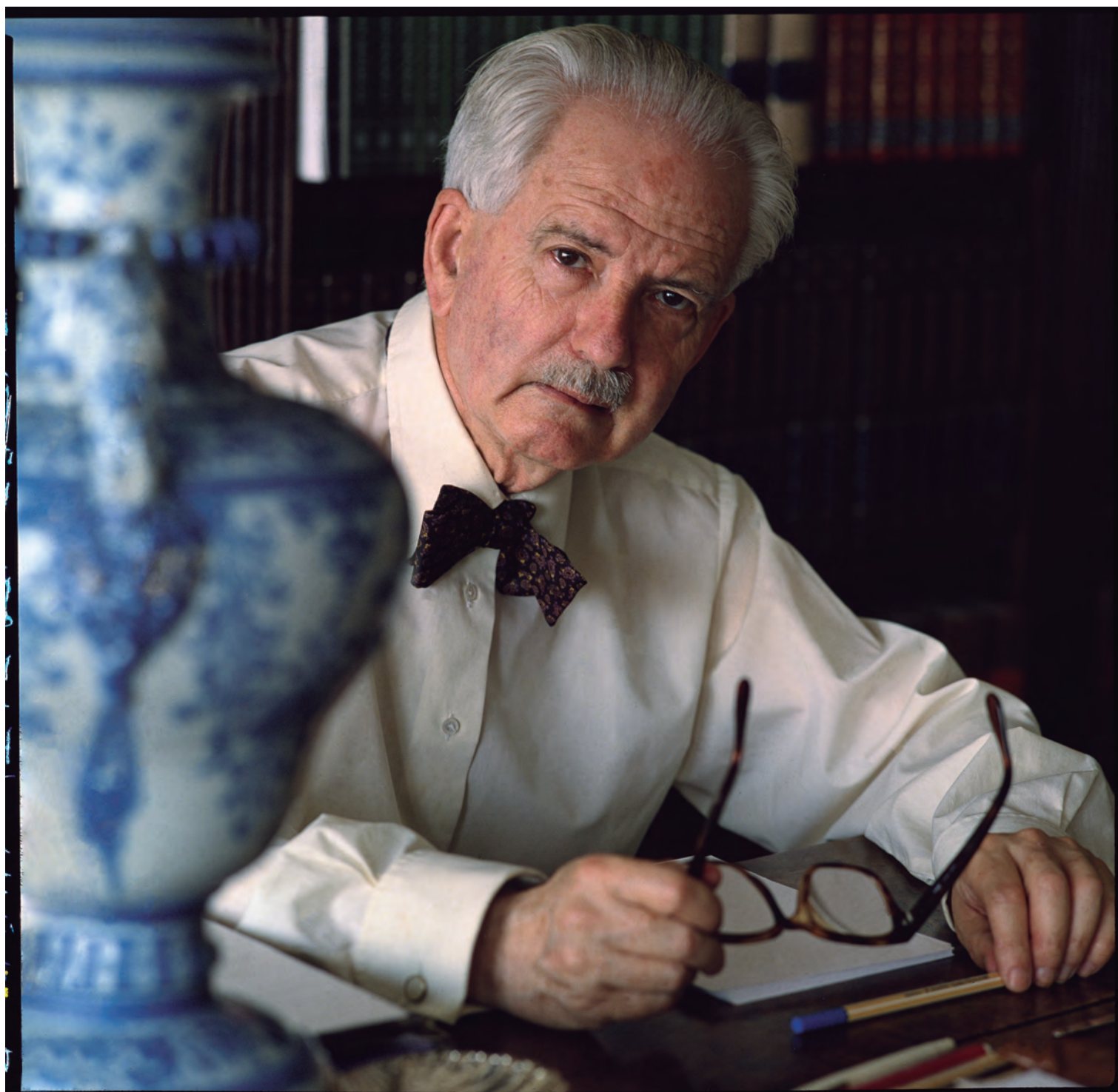
< Umberto Eco
1983





> Julio Caro Baroja
1988







► Teresa Berganza
1981







> Alfonso Guerra
1982







> Alicia Alonso
1988









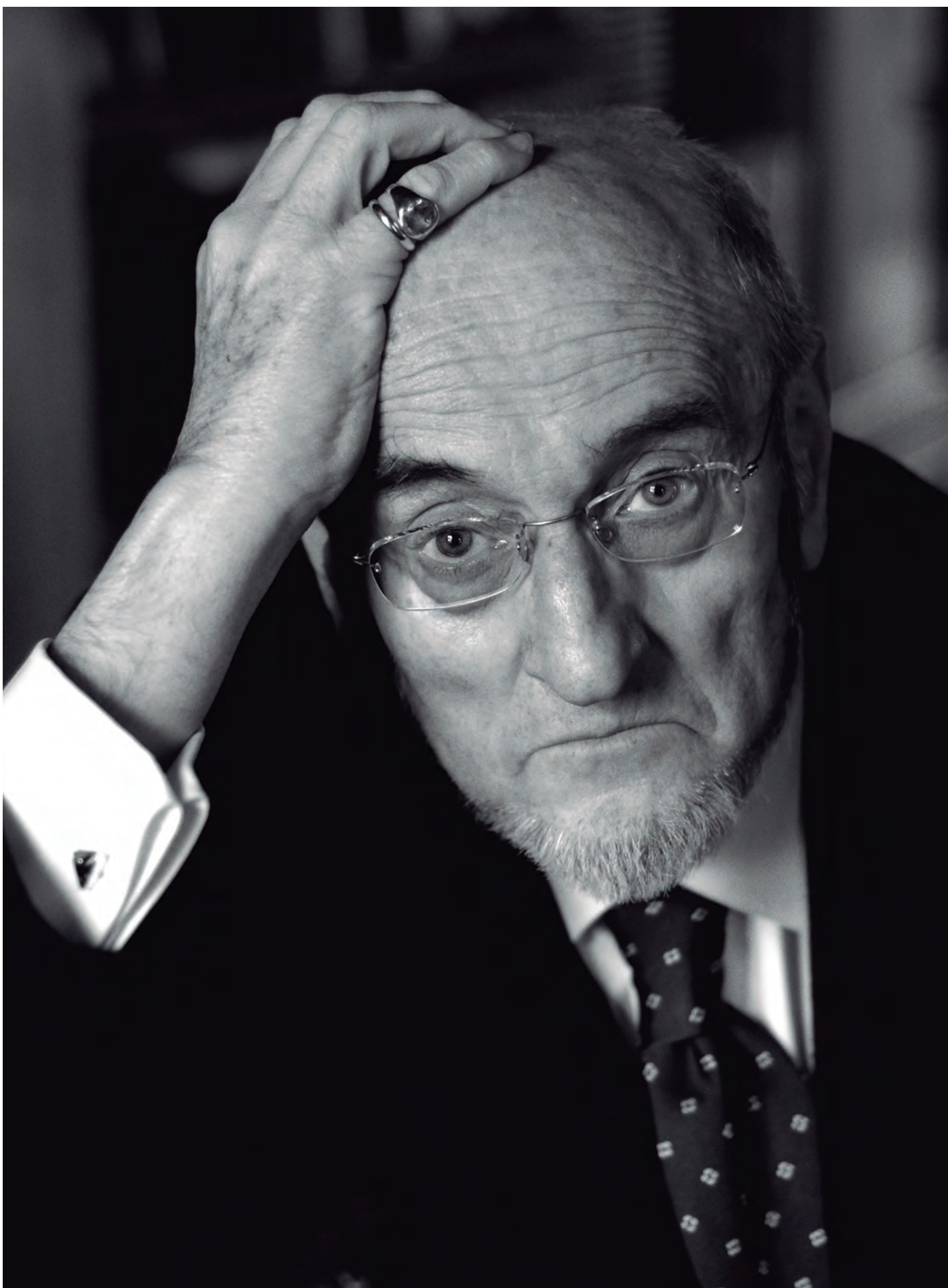
< Enrique Tierno Galván y Flor Mulkudi
1983





► Álvaro Pombo
2007







> Maribel Quiñones, *Martirio*
1988

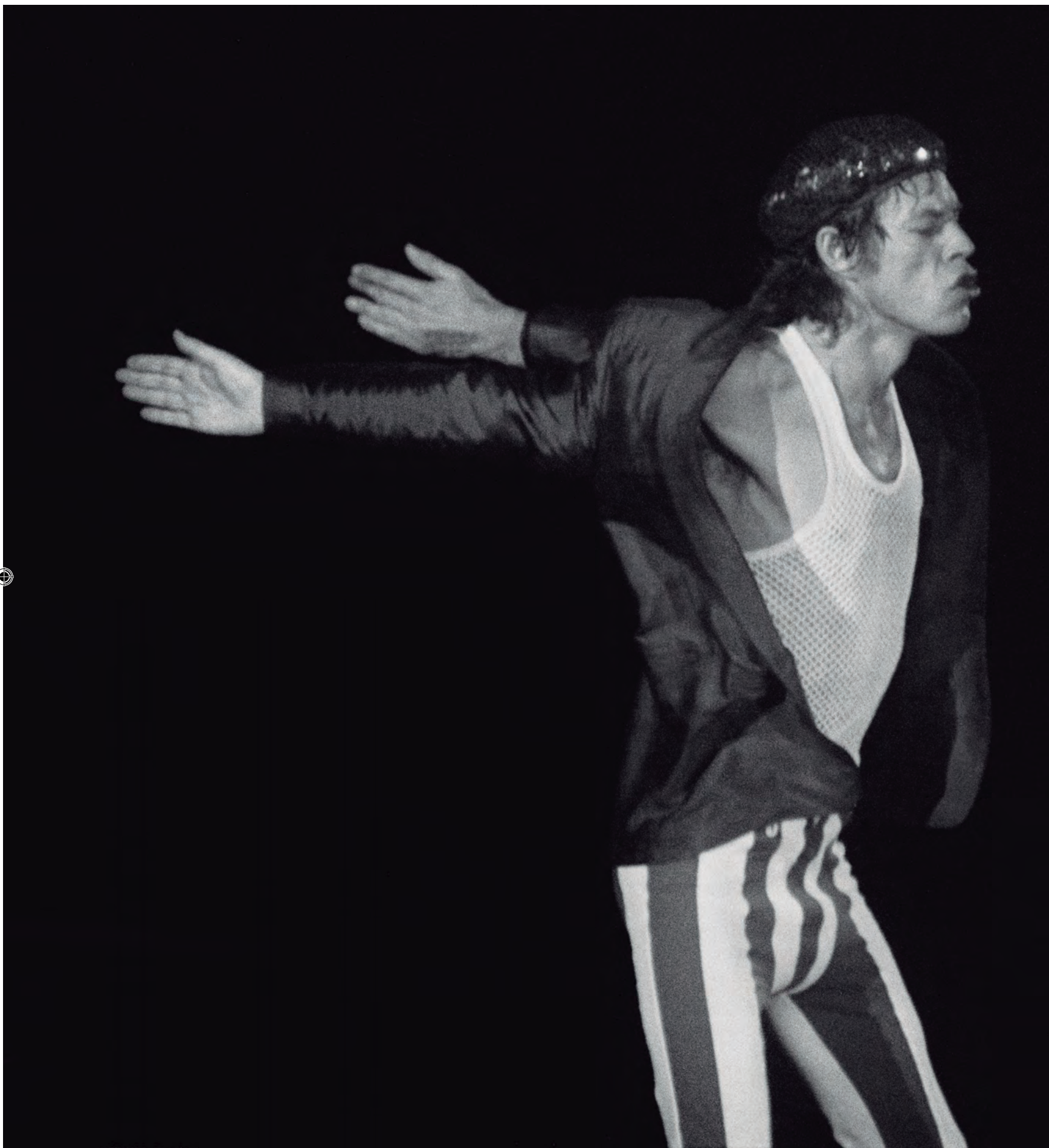






> Mick Jagger
1982

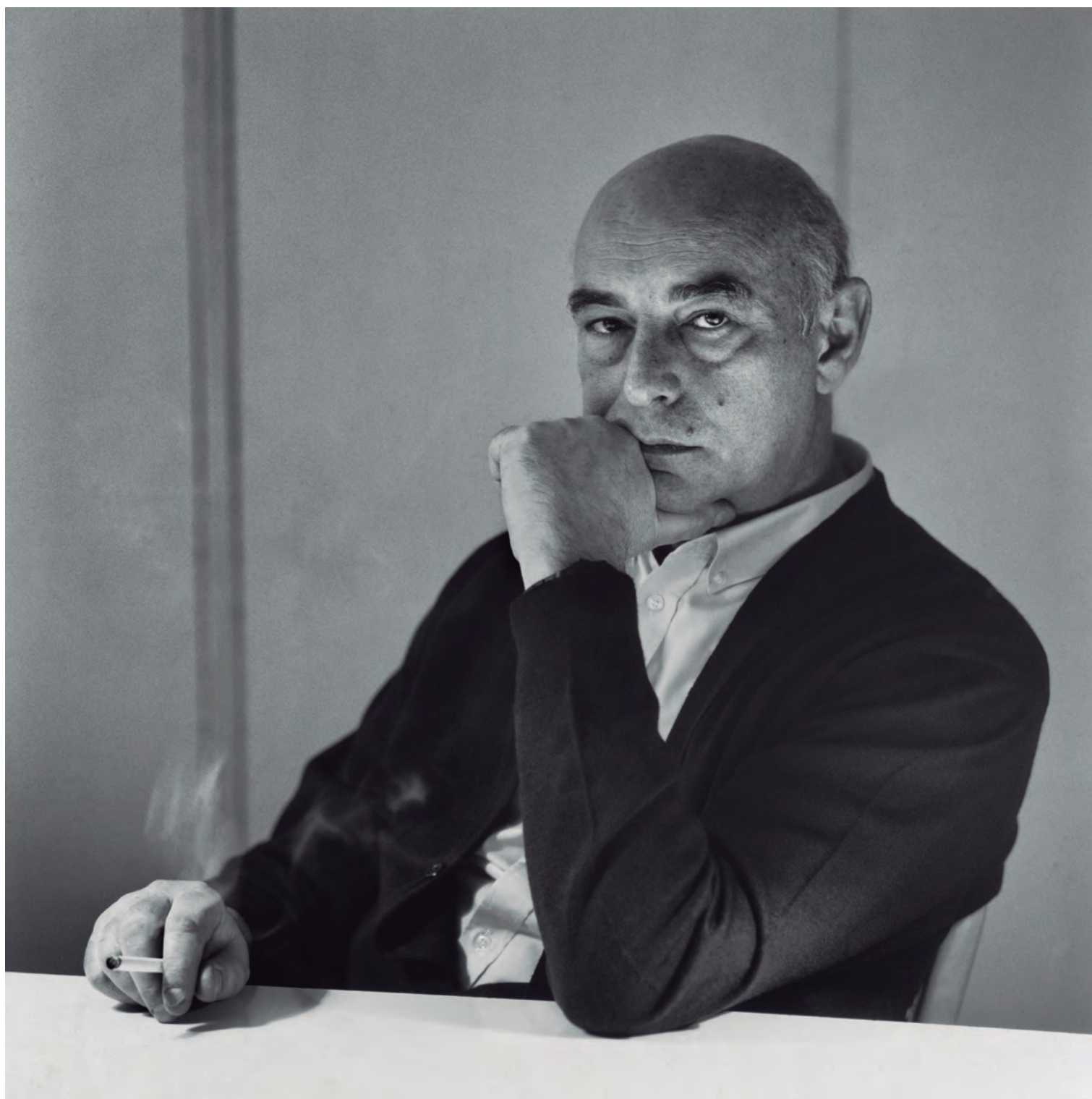


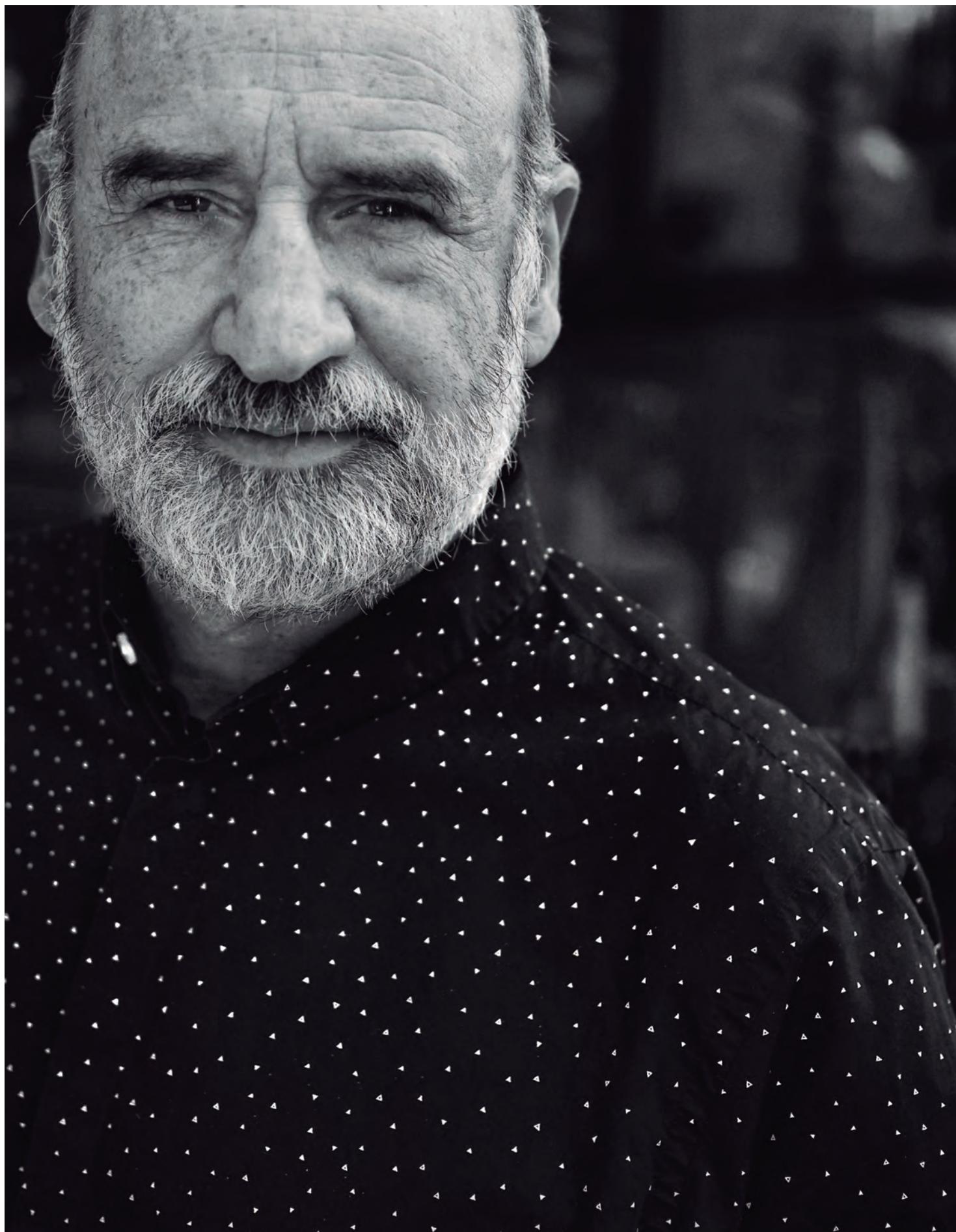




> Antonio Saura
1988









< Fernando Aramburu
2017







< Ana Maria Matute
2008





> Fernando Delgado con sus perros Fara y Lucas
2012









< Fernando Savater
2014





► José Monge, *Camarón de la Isla*
1991









Ricardo Martín —Ángeles García

Ricardo Martín llegó a la redacción de El País en el verano de 1976, con 23 años. El diario había arrancado en mayo y seguía ampliando su pequeña plantilla. César Lucas era el responsable de fotografía y necesitaba reporteros. Fue José María (Pepo) Baviano, quien habló a Lucas de un fotógrafo, amigo suyo que publicaba magníficos reportajes en los diarios Patria e Ideal de su ciudad natal, Granada. El redactor jefe quiso conocer el tipo de trabajo que hacía el candidato a fotoperiorista y Ricardo escogió tres reportajes: emigrantes andaluces en Alemania, los efectos de las catastróficas inundaciones en La Rábida (Granada) en 1973 y un recorrido por los monasterios de clausura españoles. A la vista de ese material y después de entrevistarse con el director, Juan Luis Cebrián, Ricardo se incorporó el 1 de julio a un equipo integrado por Antonio Gabriel, Miguel Torres, Joaquín Amestoy y el propio César Lucas. Poco después llegaron Marisa Flórez, Chema Conesa, Bernardo Pérez y Raúl Cancio. Firmó un contrato por el que empezó a ganar 30.000 pesetas al mes, que era el sueldo de cualquier redactor, abandonó los estudios de Derecho y Periodismo que venía cursando en Granada y se instaló en Madrid dispuesto a capturar con su cámara los vertiginosos cambios que entonces se estaban produciendo en las calles y en las instituciones. Fue en ese escenario de manifestaciones diarias, secuestros, atentados y las noches eternas de la movida madrileña donde Ricardo empezó a poner rostro a los protagonistas de los acontecimientos sociales y políticos con los que a diario nos desayunábamos en España.

◀ La reina Sofía en una sesión con Ricardo Martín

En las páginas de El País de los años de La Transición, el trabajo de Ricardo Martín aparecía por todas las secciones: política, deportes, sociedad, información local. Muchas veces en portada, las más, en las páginas interiores. En las primeras páginas históricas del diario están sus retratos del presidente Suárez, al que seguiría fotografiando en numerosas ocasiones con el paso de los años y para diferentes medios; la celebración del PCE después de su legalización, el momento en el que Juan Carlos se defiende como un monarca constitucional, toda la cobertura de la campaña ganadora de Felipe González en las elecciones de 1982 o la famosa foto del los periodistas leyendo El País en las escaleras del hotel Palace la noche del 23F mientras Tejero seguía en el Congreso o el asesinato por Eta de Cristóbal Colón de Carvajal.

Conocí a Ricardo Martín en el verano del 76. Entre julio y agosto, por diferentes vías, llegamos un grupo de redactores veinteañeros dispuestos a comernos el mundo: Sebastián García, Bel Carrasco, Joaquina Prades y alguno más que me dejó en la nebulosa de la memoria. Algunos, como Ricardo, llegaron como fichajes. Otros, mi caso, como becarios. Existía la parcelación informativa y se primaba ya entonces la especialización, pero lo cierto es que todos hacíamos de todo. De hecho, en cuanto el redactor jefe de turno se enteraba de que algo acababa de ocurrir en las calles de Madrid, al grito de “redactor y fotógrafo”, soltábamos lo que estuviéramos haciendo y nos poníamos en marcha.

En muchas de estas salidas a la carrera, me tocó trabajar con Ricardo Martín.





Le recuerdo como un tipo guapo, gracioso sin exagerar y un cierto punto de timidez que disimulaba con una mirada algo distante. A diferencia de otros colegas, en el trayecto hasta el lugar de la noticia, no hablaba mucho. Parecía ir concentrado en como abordar lo que nos esperaba, ya fueran las víctimas de un atentado, las agresiones de algún grupo de guerrilleros de Cristo Rey, la duquesa de Franco sacando sus joyas de extranjería o una pacífica manifestación de vecinos que había acabado como el rosario de la aurora. Sobre el terreno, esa hiperconcentración del camino se apoderaba del objetivo de su cámara y solo entonces les podías ver siguiendo como una lapa a quienes corrían, gritaban o lloraban. No disparaba muchas veces. O esa era la impresión que daba.

Pero no todo era correr. También con Ricardo hice numerosas entrevistas. Primero a gente del renovado ayuntamiento de Madrid con el alcalde Tierno Galván, a algún empresario implicado en chanchullos municipales o gente de la cultura. Ricardo Martín era siempre un compañero respetuosísimo con el entrevistado y con el plumilla acompañante. Si se quedaba a toda la conversación, no solía intervenir a menos que fuera interpelado por el personaje. Mientras la charla discurría, de reojo podías verlo ensimismado detrás de su objetivo, seguramente planificando la mejor manera de transmitir en imágenes quien era la persona que tenía delante. No recuerdo haberle visto jamás pidiendo poses extravagantes ni preparando escenarios artificiales.

Los retratos de Ricardo Martín muestran lo mejor del personaje fotografiado.

Ninguno aparece ridiculizado ni mucho menos violentado. Su cámara no abusa de quien ha aceptado posar para él. Hace suyo el planteamiento de Susan Sontag según el cual fotografiar personas es violarlas porque se las ve como jamás se ven a sí mismas, se las conoce como nunca pueden conocerse, transforma a las personas en objetos que pueden ser poseídos simbólicamente.

Veo ahora algunos de los retratos elegidos para la exposición y aunque no son los trabajos que hicimos juntos, sí reconozco la autenticidad de algunos de ellos. Por ejemplo, la maravillosa escritora Rosa Chacel, a quien tuve la suerte de entrevistar en diferentes ocasiones desde su vuelta del exilio. En el retrato en color que aquí expone Ricardo Martín, se le ve una mirada dura, vigilante y retadora de quien fue capaz de poner en su sitio a insultadores irrespetuosos con ella y con su obra como fueron Cela o Umbral o tener en jaque a un gobierno que fue incapaz de proporcionarle una ayuda digna para poder seguir escribiendo los últimos años de su vida.

Otro de los retratados que más he podido conocer es el pintor Antonio López. Hombre de trato siempre amable, aquí apoya su rostro en una regla y mira atento con aire de duda. Pero como recoge la imagen, López, en realidad, duda muy poco. Pocos artistas tienen sus objetivos tan claros como él. Curioso y próximo, de él cuenta Ricardo Martín una anécdota que le define. Enterado de que el fotógrafo iba a retratar a Concha Piquer, le pidió que le dejara acompañarle para conocer en persona a la tonadillera. En la casa madrileña de la artista, Antonio López

> Periodistas leyendo El País en las escaleras del Palacio la noche del 23F. 1981





se fijó en tres cuadros de Solana que colgaban en las paredes, muy sucios en su opinión. Sin dudarlo sacó su pañuelo y empezó a limpiar uno de ellos con saliva. Ella le paró y le dijo que le gustaban así, oscurecidos por la mugre del tiempo. No se habló más. Después de su etapa en El País, con un paréntesis de casi dos años para ampliar conocimientos en Nueva York, Ricardo Martín siguió su carrera en otros medios. En el semanario Tiempo trabajó como editor gráfico

durante cuatro años y después prefirió seguir como freelance haciendo sus retratos para diferentes publicaciones.

La mirada del fotógrafo se fue depurando con el tiempo como se puede ver en los 60 retratos que aquí se exponen y que son todos ellos un ejemplo de como aproximarse al interior de los protagonistas para mostrar su talento, su poder y sus contradicciones.





Retratos de nosotros mismos —Fernando Delgado

No sé por qué recordé, al ver en esta exposición la foto de Rafael Alberti, aquella meada célebre de los muchachos rebeldes del grupo del 27 que pusieron todo su afán mingitorio en las escalinatas de la Real Academia. Alguno de ellos, Dámaso Alonso, traicionó el sentido de aquella meada hasta llegar a ser director de la docta casa. Gracias a lo cual puede verse aquí un rostro a medias de Dámaso, los ojos con gafas dentro de un libro y la cabeza retratada por Ricardo Martín. Pero lo de Alberti fue otra cosa: siguió por libre hasta el punto de no aceptar nunca su ingreso en la Academia. Quienes hayan visto ya esta exposición de fotografías de Ricardo identificarán la cabeza de melena blanca bien poblada de aquella gran voz poética que vino pronto del exilio. Al igual que la de José Bergamín, el republicano intransigente retratado con el palacio real a sus espaldas. Y mirada penetrante y severa de Quijote tiene José Luis Sampedro en el magnífico retrato de nuestro artista. Mirada distinta a la de Julio Caro Baroja, tan aplicado como hombre de cuidadas formas para una fotografía. Las mismas formas que se imponía el coqueto Antonio Gala o José Saramago. Jorge Oteiza, padre de la escultura moderna, era muy distinto: un raro con todas las de la ley, no pocas excentricidades, expresión abigarrada y mucha lucidez. Nos entrega su mirada en ese espléndido retrato en el que sus ojos nos reclaman y un puro administra su sonrisa. Ricardo lo caló. Como pudo calar a Juan Gil Albert en su más elegante mirada. O a Gabriel Celaya en la fuerza de su rostro. Serena la mirada de Juan Goytisolo, que era

poco serena; elegante el perfil de Mario Vargas Llosa, con un rostro donde brilla el talento; dura y bondadosa a la vez, con bella mezcla, la cara de Juan Marsé. El lenguaje en Marsé fluye natural, sin maquillajes ni efectos de laboratorio, sin corsé. Pero para mí es tan igualmente singular y lúcido el Ramón Gaya escritor que retrata Ricardo Martín, hasta el punto de que soy incapaz de disociarlo del que pinta, de modo que si el Gaya que siente y reflexiona es el que mira y pinta, pues toda su obra creadora es a mi modo de ver una totalidad. Al contemplar su pintura me parece oírlo y al verlo retratado por Martín lo veo retratado por sí mismo. Se nos presentan aquí todo un conjunto de rostros al que acompañan las voces de aquel tiempo, con sus músicas y sus letras. La de Miguel Ríos, tan joven y tal igual ahora. Porque algunos creen que la mejor manera de estar al día es disfrazarse. Miguel, no. Las canciones de Miguel Ríos son himnos de los vivos con memoria. Y, puesto a ello, me pregunto adonde miran en las fotos de esta muestra, con la sabiduría en las gafas, Fernando Savater y Alvaro Pombo, o Fernando Aramburu, más bien meditativos. Me lo pregunto y veo mirar con ellos a la cámara de Ricardo a un retratista literario de nuestro tiempo: Umberto Eco, un italiano añadido. Más altivo y atractivo que un José Luis López Aranguren, tan sobrio y académico, o un Enrique Tierno Galván, que no siendo tan viejo baila con una hermosa mujer negra en las fotos de esta exposición. A los dos les hace Ricardo distintas escenografías. Tierno Galván, el pillo, catedrático de Salamanca con rigurosa

◀ Adolfo Suárez en una sesión con Ricardo Martín





formalidad; Aranguren, un verdadero católico con matices. Los dos un poco secretistas. Y lo cierto es que, maestro en el retrato periodístico de urgencia que le fuera impuesto en el inicio de la Transición, Ricardo Martín es un artista que nos ofrece este conjunto de obras suyas que son al fin uno de los resultados de su mirada personal a un tiempo. Pero claro que en arte, la fidelidad a lo real no es la mejor virtud. Así que las imágenes que forman parte del relato de la vida española que esta exposición nos ofrece tienen la voz y el buen periodismo que buscan tanto la palabra exacta de la descripción de lo que nos pasa y de lo que pasa como la fotografía o el dibujo reclaman no sólo nuestro compromiso con lo que sucede sino que nos brindan la emoción de lo que ocurre. Y esta muestra del arte fotográfico de Martín es un ejercicio de memoria sobre algo de lo mejor que le ha pasado a España, de las escenas políticas y las estampas sociales y culturales con las que la vida del país fue configurando su transformación democrática. En eso se empeñó siempre Ricardo Martín, que fue destacado retratista en muchos y prestigiosos medios periodísticos de tan diversos personajes que aquí muestran sus semblantes: Adolfo Suárez posa y sonríe con un rostro luminoso de triunfador en otra de las fotografías. Pero esta muestra no es una exposición más sobre la cultura de la Transición, entre otras cosas porque no es sólo una exposición sobre aquel tránsito. Cuando Ricardo nos retrata al gran pintor Antonio López y lo retrata con excelencia, no nos encontramos ante un mero copista de la





realidad para satisfacer el interés por el detalle que tanto complace al que se deja fascinar simplemente por lo que entiende que es pura copia de lo que se ve. Y justamente en eso se ha empeñado Ricardo. Por ejemplo, en Eduardo Mendoza, que nos regala su risa en la expresiva foto de Ricardo que se integra en esta exposición. Pero porque sea cortés y atildado y pulcro en el vestir sin pretensión de relevancia, no hay que extrañarse de que Mendoza perpetre gamberradas. Al contrario: no hay más que verlo sonreír en la foto bajo el orden impecable de su bigote blanco para dar por sentado que la picardía de esa sonrisa no pertenece a un hombre de orden estricto. Pero Ricardo busca también el rostro de un escritor que le es muy cercano: Antonio Muñoz Molina. A Antonio se le ve y se le escucha a la vez, todo cuadra: el hombre apacible y sonriente que con cara de niño complacido asiste a una explosión de humor, por ejemplo, es el mismo que, grave y enfadado, detesta la tibieza y entra en un debate con rigor sobre nuestras flojeras a cuerpo limpio. Un cosmopolita con su pueblo dentro, un académico de frac que convive con el niño de ayer de una modesta familia de Úbeda y un contemporáneo nada ajeno a las contradicciones de su tiempo, metido en el laberinto de la historia con hombres y mujeres que, como él, muchas veces se encontraron fuera de lugar o a los que el destino llevó a insospechados exilios. Por eso, cuando José Manuel Caballero Bonald –mirada de la memoria en su retrato de esta exposición– nos ha contado su vida, la vida, no ha renunciado a ampliar

el diafragma de su cámara o a reducir la escena a conveniencia de lo contado. Minucioso en la narración de lo vivido, Caballero Bonald no ha confiado en la memoria como quien confía en un acta notarial, sino como quien se entrega a los claroscuros del tiempo, aceptando las trampas de la memoria, que no es un catálogo de exactitudes sino de interpretaciones. Y en esos espacios está Antonio Gades, el Gades desnudo de medio cuerpo que Ricardo nos muestra con acierto. Caballero Bonald y Antonio Gades eran muy amigos, sí, y aquí están las fotos de nuestro artista uniéndolos en un mismo retablo. A Gades le hubiera gustado estudiar, pero no pudo. Cuando Pepe Caballero me lo presentó –años 70– ya llevaba muchos libros y mucha vida dentro. Le gustaba recordar lo que puede leerse en el foro romano sobre la tumba de una bailarina de la antigua Gades: “Que la tierra sea tan leve sobre ti como tú lo fuiste sobre la tierra”. Atribuía más mérito al trabajo que al don; no creía en Dios y sí en el mazo. El propio Paco de Lucía, que tan extraordinario perfil tiene en esta muestra de Ricardo Martín, qué buen retrato, hubiera querido meter generosamente en el saco de su galardón, el Príncipe de Asturias de las Artes, a todos los grandes del flamenco, que tanto lo merecen. Voté yo mismo como jurado oyendo a Paco de Lucía. Y emocionándome con él voté al creador único e indiscutible que era; voté sin negar a nadie y agradecido por tener el privilegio de poder hacer justicia a la genialidad del hijo de Lucía. Y recuerdo a Proust: “Para comprender lo guapa que es una anciana no basta con mirar” –dijo–, “sino

< Los Reyes Juan Carlos y Sofía tras el acto de apertura de la Legislatura Constituyente. 22 de julio de 1977





Fernando Delgado



< Cubiertas de El Pais Semanal





que hay que traducir cada rasgo". Y es lo que ha hecho Ricardo Martín en esta muestra, para que veamos a Dolores Ibárruri, Pasionaria, no con el puño cerrado sino con las manos abiertas. Con la sonrisa de la anciana bondadosa, acaso increíble, y no la de la severa jefa comunista sin bondad. O ha registrado el rostro de mandona de la escritora Rosa Chacel, con una mirada de repaso a quien mira, como si no acabara de fiarse de quien la mira. Y le ha puesto rostro de vieja tierna a la niña llamada Ana María Matute, con inocencia, y que por inocencia no sea. Cuando oí hablar a la Matute de una de sus novelas, Paraíso inhabitado, y explicaba que estaba escrita con un lenguaje sencillo, sus lectores sabíamos cómo era su lenguaje sencillo, pero ella se sintió obligada a matizar:

"sencillo, que no pobre". Y a alguien manda a callar desde su retrato la escritora Carmen Martín Gaité, lo cual quiere decir que el gran poder que tiernamente ostentaba aquella divertida sabia lo recogió acertadamente Ricardo Martín en su personal mirada. Pero, junto a los caballitos de juguetes, sitúa Ricardo a la escritora Gloria Fuertes, toda una niña verdadera. Y para rostro, más que severo enhiesto, figura entre todas ellas el rostro de Concha Piquer. Un rostro de la memoria que brindará sin duda no pocas emociones a quienes hagan repaso del recuerdo.

Mucha España pues tiene aquí sus fotografías. Ricardo Martín ha trabajado algunas. Y todas son parte de sí mismo. Y de todos nosotros.









Las caras del tiempo
Ricardo Martín

Primera edición: 2018

Edita: Editorial UCA
Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz
C/ Doctor Marañón, 3 – 11002 Cádiz (España)
<http://servicio.uca.es/publicaciones>
publicaciones@uca.es

© Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2018
© de las fotografías: Ricardo Martín
© de los textos: Fernando Delgado / Ángeles García / Antonio Muñoz Molina / Elvira Lindo

D. L.: CA 194-2018
ISBN 978-84-9828-679-3
e-ISBN 978-84-9828-680-9

Diseño y maquetación: Miguel Sánchez Lindo
Impreso en España - Printed in Spain

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.»

«Esta editorial es miembro de la une, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.»

Organizan:

Editorial  UCA



Ayuntamiento de Cádiz
Fundación Municipal de Cultura



Fundación
Unicaja



Universidad
de Cádiz

Vicerrectorado de Responsabilidad Social,
Extensión Cultural y Servicios
Servicio de Extensión Universitaria









